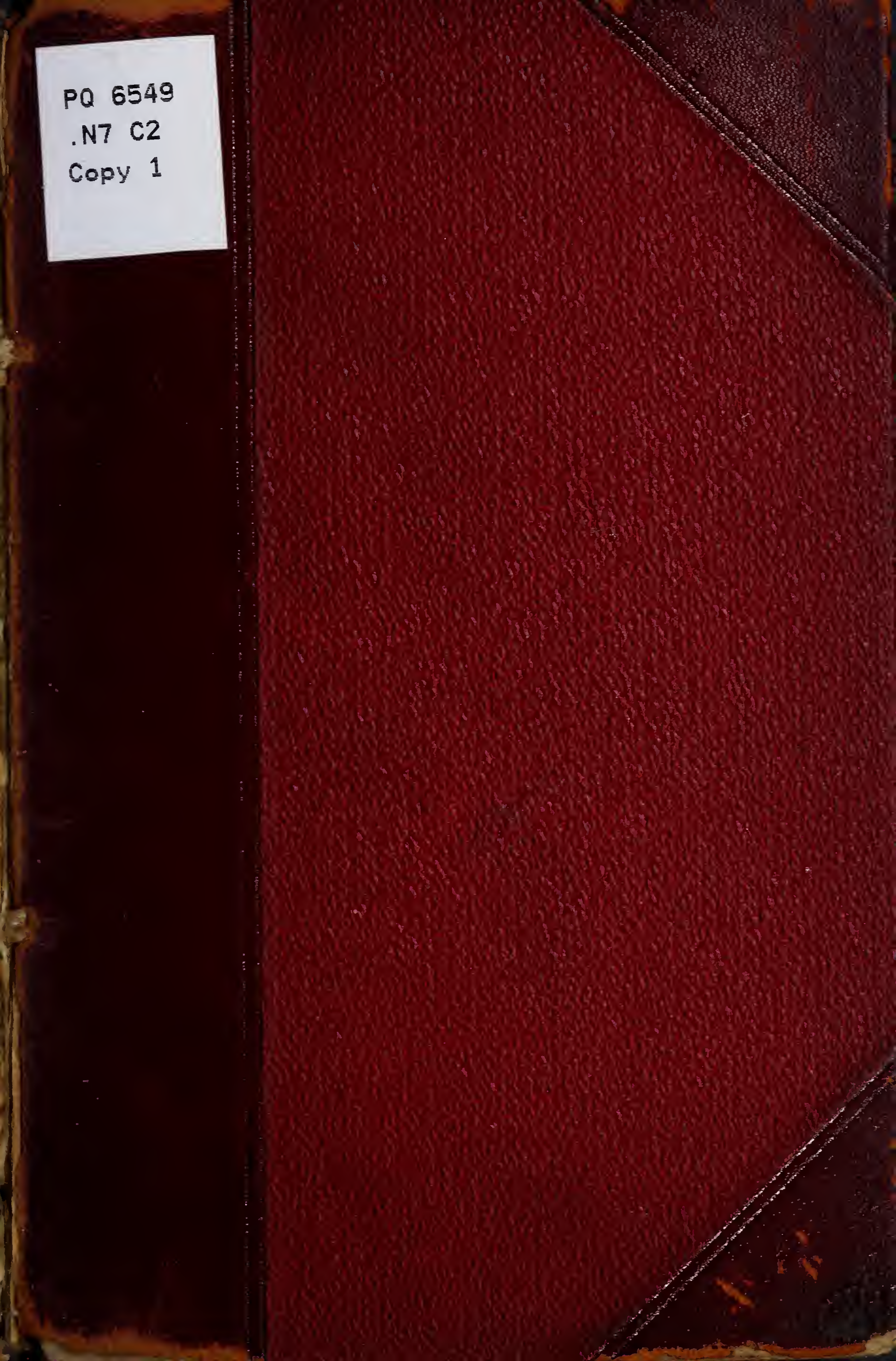

PQ 6549
.N7 C2
Copy 1


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

CARLOS V Y LA VICTORIA.

Besanzon. — Imprenta de Roblot.

LA HISTORIA EN ACCION.

CARLOS V
Y LA VICTORIA

POR

JULIO NOMBELA.

1ª. SERIE. — LA CASA DE AUSTRIA.



PARÍS,
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

1862

CARLOS V Y LA VICTORIA.



CAPITULO PRIMERO.

LA LIMOSNA.

En los primeros dias del mes de setiembre del año 1517, habia en el puerto de la ciudad de Midelburgo, capital de la Zelandia en los Países Bajos, una soberbia escuadra de ochenta navíos, compuesta en su mayor parte de embarcaciones

españolas que el cardenal Ximenez de Cisneros habia enviado al heredero del trono de Castilla, el príncipe Don Carlos, hijo de Don Felipe el *Hermoso* y de Doña Juana la *Loca*, para que accediendo á sus ruegos y á los de la nacion cuyos destinos debia regir, se apresurase á abandonar sus Estados de Flandes y se dirigiese á la Península Ibérica, que deseando poner fin á las conspiraciones y trastornos que los nobles del reino ocasionaban, pedia á grandes voces la presencia del nieto de los Reyes Católicos, esperanza de paz y de prosperidad.

Los navíos esperaban de un momento á otro la órden de levar anclas, y tanto en el puerto al pié de la muralla de Rammekens como en las calles de la ciudad era extraordinaria la animacion.

Por otra parte, nunca habian visto los habitantes de la isla de Walcheren, en cuyo centro está situada la ciudad de Midelburgo, una escuadra tan

formidable, y la novedad del espectáculo, unida al ansia que todos tenian por saludar al nieto del emperador Maximiliano, traia revueltos á los pacíficos Midelburgueses.

Los marinos españoles, confundidos con los flamencos, contaban las aventuras de sus viajes en las hosterías y en las casas particulares, donde la curiosidad de sus moradares les abria la puerta y les ofrecia los mas delicados vinos y los mas sabrosos manjares, y los mercaderes ambulantes se aprovechaban de la acumulacion de gente, del movimiento que reinaba en la poblacion para meter por los ojos sus mercancías, dando en union de los músicos y danzantes que recorrian las calles y las plazas un aspecto de los mas pintorescos á la ya pintoresca de por sí capital de la Zelandia.

Los dias pasaban, y sin embargo el jóven príncipe no parecia.

Los unos achacaban su tardanza á los temores que podia abrigar, porque siendo aquella la época del equinoccio y no dejando las tempestades de poner en peligro á las embarcaciones que surcaban la costa, era temible emprender un viaje tan largo á través del Océano; los que sabian que el hijo del archiduque vivia supeditado á la voluntad del señor de Chievres, decian que no saldria de Gante hasta que su ayo se hubiese despedido de todos los demás flamencos á quienes habia hecho la corte, y que esta operacion debia durar mucho si se daba crédito á las murmuraciones.

Cada cual formulaba una version distinta, y en último resultado nadie sabia una palabra de cierto.

Quizá los primeros acertaban, porque las tempestades se sucedian, y á todas horas llegaban á los puertos del Océano noticias de desastres ocurridos en alta mar; pero de todos modos la ansiedad de

los Midelburgueses duró poco, porque una mañana, á mediados de setiembre, las campanas de la ciudad anunciaron con su repiqueteo un acontecimiento extraordinario, y este acontecimiento todos comprendieron desde luego era la llegada del príncipe D. Carlos y de sus cortesanos.

El burgomaestre, todas las demás autoridades y algunos individuos de los gremios de la ciudad salieron á recibir al jóven monarca; pero con gran extrañeza de todos, que contaban tenerle á su lado algunos dias, escucharon de sus labios la noticia de que solo se detendria en la ciudad muy pocas horas, porque en aquella misma tarde queria darse á la vela.

Esta determinacion fué juzgada de absurda, porque justamente el cielo estaba encapotado, un huracan violento azotaba á las embarcaciones fondeadas en el puerto, y la tempestad, aunque lejana, amenazaba no tardar en estallar.

Al mismo tiempo entró por mucho en la opinion de los Midelburgueses el ver fallidas sus esperanzas de pasar unos cuantos dias entre fiestas y regocijos que en honor del monarca debian celebrarse y estaban preparados de antemano.

Se hicieron á D. Carlos algunas indicaciones para que desistiera de su propósito, para que suspendiese su marcha, pero ruegos y manifestaciones fueron inútiles : el jóven rey, despues de haber dudado en acceder á los ruegos del cardenal Ximenez de Cisneros y de los nobles de Castilla, se habia decidido á presentarse en su reino, á coronar su frente con la diadema de sus ilustres abuelos, y nada podia disuadirle de llevar á cabo su resolucion.

Dió órden á los navíos de estar prontos, y despues de una breve permanencia en la ciudad, se dirigió al puerto para embarcarse y abandonar de una vez los países donde habia pasado los años de

su infancia. El nieto de Isabel y de Fernando contaba entonces diez y siete años.

Privado de la compañía de sus padres, porque la reina Dª. Juana se hallaba desde la muerte de su esposo en el convento de Tordesillas, incapacitada para el gobierno por su enfermedad, y porque el archiduque la habia dejado á la edad de cuatro años y habia fallecido dos despues; privado de las caricias y los cuidados de los autores de sus dias, decimos, habia vivido, se habia criado y educado bajo los auspicios del señor de Chievres, caballero flamenco, que no desconociendo la importancia de su mision, ni las grandes ventajas que podria proporcionarle para lo venidero el cargo de ayo del jóven príncipe, habia procurado captarse su afecto halagando sus instintos, obedeciendo sus mas insignificantes caprichos, siendo, en una palabra, en vez de su mentor, su amigo, pero un amigo perju-

dicial, porque en vez de apartarle de sus inclinaciones al mal, inclinaciones á las que tan propensos son los niños, no habia tratado mas que de satisfacerle, de darle gusto en todo, para que esta condescendencia le ganase su simpatía.

No tardó en adquirirla, y llegó un tiempo en que el jóven que mas tarde debia ceñir á sus sienes la corona imperial, no se atrevia á dar un solo paso, á concebir un solo pensamiento, á realizar un solo plan, sin consultarlo antes con su amigo, sin obedecer en lo mas mínimo las órdenes del que solo debia ejecutar las suyas.

Sin embargo, dotado el jóven príncipe de una inteligencia precoz, llegó un dia en que quiso ponerse al corriente de los negocios que le interesaban, en que quiso obrar por sí; y entonces el bondadoso ayo, temiendo disgustarle, empleó la astucia para seguir dominando su alma.

No tardaremos en explicar cómo se hallaban en aquella época los asuntos políticos de Europa, no tardaremos en referir el estado de Castilla y de Flandes en los momentos en que el heredero de los Reyes Católicos iba á tomar posesion de su herencia : por ahora debemos limitarnos á dar cuenta de su viaje, pero antes nos permitirán nuestros lectores que les ofrezcamos el retrato de nuestro protagonista cuando apenas habia cumplido los diez y siete años.

Los que le hubieran visto acompañado de su hérmana Dª. Leonor, de su ayo y confidente el señor de Chievres, del antiguo embajador de Castilla cerca del emperador Maximiliano, D. Juan Manuel, de los altos dignatarios flamencos que iban con él á abandonar la madre patria para buscar en un nuevo país la satisfaccion de su codicia, de sus bastardas ambiciones; los que le hubieran visto, re-

petimos, avanzar con noble y mesurado paso al pié de la muralla que dominaba el puerto, hubieran experimentado al mirarle una mezcla de temor y de esperanza.

Habia en su rostro juvenil algo que presagiaba el porvenir que le tenia reservado la Providencia; y al mismo tiempo, la soledad en que hasta entonces habia vivido, la sumision á que su ayo le habia acostumbrado, su carácter primitivo le hacian aparecer como un ente vulgar.

Su estatura era regular, su rostro ovalado; como disfrutaba de poca salud, el color de sus mejillas era pálido, su labio inferior caido. Nada anunciaba en él todavía al valiente guerrero que mas tarde debia llenar la Europa con su nombre.

Seguido de su comitiva atravesó algunas calles de la ciudad, y al pié de la muralla detuvo su paso

una pobre mujer andrajosa que llevaba en sus brazos una niña de pocos meses.

Carlos tenia buen corazon y se apiadó de aquella infeliz, que acercándose al príncipe y presentándole á su hija, imploró su caridad porque se moria de hambre.

Conmovido, metió la mano en su escarcela para sacar algunas monedas y dar una limosna á la mendiga; pero notando que no llevaba ni un solo sueldo, se quitó de su mano derecha un anillo, y entregándoselo á la pobre :

— Tomad, buena mujer, le dijo; vendedlo y rezad alguna vez por el monarca de España Carlos I.

Este episodio, que pasó con la mayor rapidez y del que apenas se enteraron los que seguian al jóven príncipe, no detuvo mas que breves instantes

á la comitiva, que prosiguió su marcha hasta llegar al muelle.

Los navíos, colocados en línea, izaron sus banderas, y un cuarto de hora despues D. Carlos y su séquito se encontraron á bordo.

Doña Leonor y su hermano se separaron. Cada cual entró en distinto navío, y el príncipe, acompañado del señor de Chievres y de otros nobles los mas allegados á su persona, se embarcó en el navío almirante, y las ochenta embarcaciones, levando el ancla á un tiempo y disparando los cañonazos de despedida, se dieron á la vela comenzando á surcar las aguas del Océano.

Los habitantes de Midelburgo saludaban á los marinos, y una pobre mujer, arrodillándose en la playa con una niña en los brazos, exclamó al mismo tiempo que besaba un anillo;

— Dios guie al rey de España y sostenga en su corazon sus buenos sentimientos.

Las naves se perdieron de vista , y todo volvió á su antiguo estado en la noble ciudad de Midelburgo.

CAPITULO II.

LA APARICION.

La noche se echaba encima, y el cielo, cubierto de oscuros nubarrones, presagiaba uno de esos temporales tan frecuentes en el mar durante el equinoccio.

El viento norte empujaba á los navíos, y aquella numerosa escuadra atravesaba con la celeridad del vapor las revueltas aguas del Océano.

La tempestad no acabó de declararse, y navegaron con viento favorable, atravesando al dia siguiente de su salida del puerto de Midelburgo el Paso de Calais.

Dos dias despues doblaron el cabo del departamento de Finistere francés, dando vista al terreno de la antigua Armórica, y entraron en pleno Océano al amanecer del cuarto dia de viaje.

Hasta entonces la numerosa escuadra habia caminado con regularidad, y las proas de los navíos avanzaban con direccion al cabo Ortegal; pero todavía tenian que dejar muchas millas tras sí para llegar á las costas de Galicia.

Durante el dia se hallaron los prácticos sobre-

cogidos de un gran temor. Aquellos hombres acostumbrados á vivir en el mar conocian en el aire que respiraban los síntomas de la tormenta, y aguardaban de un momento á otro que el huracan ensoberbeciese á las olas, y que las olas hiciesen juguetes de su furia á las embarcaciones.

Llegó la noche, y poco á poco arreció el viento y las olas se hincharon. Fué preciso recoger velas; pero con todo, el balanceo de los buques anunció á los viajeros que estaban á merced de las olas.

El cielo se cubrió de pronto de oscuros nubarrones, el huracan dejó oir sus rugidos, y las olas parecian despertarse á su voz y levantarse hasta las nubes para luchar con él.

Al relámpago sucedió el trueno, los navíos zozobraban, y cada golpe de viento los hacia volar como si solo fueran endebles lanchas.

La escuadra comenzó á desordenarse, y todas cuantas maniobras hacian los marineros eran inútiles para dominar el ímpetu de las revueltas aguas.

El pánico mas grande que puede darse se apoderó de los viajeros, y las oraciones y los juramentos se mezclaron con las voces de mando.

El espectáculo era grandioso é imponente.

Sobre una superficie espumosa se veian los ochenta navíos confundidos, dispersos, siendo cada cual á su vez juguete de las olas.

Los mástiles crujian al quebrarse impelidos por el viento; los cascos, azotados por el agua, parecia que se sumergian y que se elevaban despues hasta tocar las nubes con sus palos.

Las cadenas de hierro resonaban al arrastrarse

por el puente, los gritos y las lamentaciones las ensordecia el huracan con sus silbidos, y á su vez el huracan callaba para dejar oir con toda su espantosa majestad el estampido del trueno.

La noche estaba oscura, pero el resplandor de los relámpagos iluminaba de tiempo en tiempo aquel cuadro de desolacion capaz de intimidar á los mas descreidos.

De pronto aparecieron en casi todos los navíos unas luces de colores, y las tripulaciones de los diversos buques se apresuraron á contarlas. Creian hallar ochenta, pero no estaba completo este número, faltaban doce y debian haber perecido otros tantos navíos.

La consternacion se aumentó, á cada instante se separaban mas y mas unas luces de otras, todos creian ser llegados sus últimos momentos, y el

espanto, el terror llegó á su colmo cuando vieron levantarse sobre el mar una columna de fuego acto continuo de haber caido una exhalacion.

Este espectáculo era mucho mas terrible que el anterior. Un rayo habia atravesado la Santa Bárbara de un navío, la pólvora habia volado incendiando el buque, y en muy breves instantes desapareció aquella horrorosa hoguera, anunciando á cuantos la habian presenciado que una de las embarcaciones habia perecido por completo.

Como no podian saber si la que conducia al jóven príncipe era la que tan desastroso fin habia alcanzado, la ansiedad fué mayor, y jugando el todo por el todo se echaron en los brazos de la Providencia.

La tempestad acabó de separar á los navíos : muchos fueron echados á pique por las enfurecidas

olas, otros impulsados por el viento caminaron hácia las costas de Galicia, hácia el golfo de Gascuña; pero abandonémoslos para arriesgarnos á penetrar en un navío que, aislado por completo de los demás, y llevando en uno de sus palos una linterna blanca, recibia las violentas sacudidas del mar y avanzaba á la ventura por aquel azaroso piélago.

El huracan no habia podido tronchar aun ninguno de sus mástiles, pero la tripulacion y los viajeros estaban amedrentados é invocaban al Cielo para que los librase de la terrible muerte que les amenazaba.

En medio de unos y otros se veia á un jóven en quien al parecer no hacian mella ni los clamores de los náufragos, ni los espantosos rugidos de los desencadenados elementos. Permanecia impasible como una estatua.

De pronto resonó su voz.

— Que arrien velas, dijo, y que el viento nos lleve donde quiera, al puerto de salvacion ó á estrellarnos contra las rocas.

Esta órden llenó de asombro aun mas que el temporal á los marineros.

— ¿No me oís, gritó de nuevo el jóven, ó es que sois tan cobardes que preferís á una pronta muerte ó á una pronta salvacion la dudosa esperanza?

Los marineros no se hicieron de rogar; arriaron las velas, y el navío, azotado por el huracan, no corria, volaba como una débil pluma.

El jóven se recostó en una piel de leon que habia tendida sobre el puente, y se entregó á merced del viento...

El navío avanzaba con una celeridad pasmosa, con tanto ímpetu que hasta las olas se doblegaban á su empuje.

. . . .

. . . .

El jóven se durmió, en medio del peligro, con una tranquilidad inmensa, como si estuviera en su mullido lecho.

. . . .

. . . .

Un relámpago iluminó por un instante la cubierta del buque. A su fulgor, pudo descubrir el monarca á su lado una mujer hermosa, una aparicion celestial.

Sus ojos centelleaban, parecian haber recogido y guardado la luz del último relámpago.

El monarca, impulsado por una fuerza irresistible, cogió las manos de aquella mujer fascinadora, preguntándola al mismo tiempo:

— ¿Quién eres? ¿Porqué estás junto á mí en el momento del peligro?

El fantasma sonrió.

— ¿No me conoces?... le dijo con un acento dulcísimo que penetró hasta lo mas íntimo del corazon del rey.

Carlos la miró de nuevo...

— No... exclamó, no te conozco, pero tu rostro me revela que eres algo del Cielo. Díme por Dios tu nombre...

— Si te lo digo no lo olvidarás nunca, llegará á ser en tu alma una pasion tenaz insaciable, querrás tenerme á todas horas á tu lado, anhelarás poseerme

y mi posesion cuesta muy cara, mi trono se levanta sobre montones de cadáveres, sobre rios de sangre, la eternidad que yo puedo ofrecer es á costa del holocausto de innumerables vidas.

— No importa... tengo valor bastante para adorarte siempre... Díme quién eres, ilumina mi inteligencia, exígeme los sacrificios que desees; pero sé mia, porque despues de haberte visto es imposible separarse de tí.

— ¿No piensas que la muerte te amenaza, que tu navío es una endeble tabla á merced de las olas, que dentro de un instante puedes hundirte en el abismo para siempre?

— Si tú no me abandonas, desafio á los elementos enfurecidos; tu vista me da ánimo, tu adoracion me haria un héroe.

— Pues bien, escucha : el destino te ha hecho

monarca de una nacion grandiosa; hijo privilegiado de la suerte, realizarás el pensamiento de tu abuelo el emperador de Alemania, reunirás bajo un solo cetro los países mas ricos y mas poderosos de la tierra, tu imperio será tan célebre como el de Alejandro, dominarás las sediciones que se levanten contra tí, pondrás freno á la soberbia de los que van á ser tus cortesanos, tu nombre será inmortal y reasumirás en tí todas las grandezas de tu siglo. Esta es tu mision; cada paso que avances por esta senda será un estrecho lazo que te unirá á mí, pero tanta ventura exige sacrificios. Esos sacrificios los has de hacer por mí. ¿Quieres ahora saber mi nombre? ¿Quieres que sea tuya, que nunca te abandone?

— Sí, sí... exclamó el joven, estrechando con efusion las manos del fantasma.

— Antes escucha las condiciones que te impongo.

— Habla.

— Tu corazon será mio, enteramente mio; le dominaré de tal modo, que nada podrá en él mas que yo: padres, hijos, esposas, amadas, todo lo abandonarás para seguirme; yo sola podré hacerte gozar, embriagarte de felicidad. Mis órdenes serán tus deseos.

— ¿Estarás siempre á mi lado, me amarás, me darás ánimo?...

— Estaré junto á tí siempre que lo desees.

— ¿Y dónde podré hallarte?

— En los combates.

— Dáme una prenda de que no faltarás á tu palabra.

— ¿Qué prueba quieres?

— ¡Un beso!

— Antes escucha mi nombre... Pero no... aun no es tiempo; no olvides mis palabras y espérame.

Al decir esto imprimió sus labios en los de Carlos; este quiso estrecharla contra su corazon, y no pudo: un espantoso trueno le hizo abrir los ojos.

El fantasma habia huido, la tempestad se alejaba, empezaba á amanecer, y la tripulacion del buque, de rodillas sobre cubierta, daba gracias á Dios por haberle librado de la muerte.

— ¡No está! se dijo Carlos, pero la he visto una vez en el peligro, y en los peligros la buscaré siempre.

— ¡Tierra!... tierra!... gritó uno de los marineros.

— ¡Tierra! exclamaron todos saltando de alegría.

— ¿Dónde estamos? preguntó el monarca.

— En la costa de Asturias.

— ¿Y los demás navíos?

— A lo lejos se ven algunas velas, pero muchos han perecido.

— Bendito sea Dios, que nos ha libertado.

— ¡Viva nuestro monarca! gritó un marino.

— ¡Viva! exclamaron todos.

Media hora despues, saltó el monarca en tierra.

Se hallaba en el lugarejo de Tazones, á muy poca distancia de Villaviciosa.

De todos los navíos, solo doce y el de Carlos I llegaron á la costa. Los demás se habian perdido.

CAPITULO III.

OJEADA SOBRE EUROPA.

En los momentos en que el nieto de los Reyes Católicos llegaba á España á tomar posesion de la corona de Castilla, todo anunciaba en Europa las guerras que desde entonces hasta el año 1557 de-

bian hacerla pasar una de sus mas espantosas crisis. La ambicion de los soberanos, mayor en ellos que en las demás personas, porque cuentan con mayores fuerzas, con mas poderosos elementos para realizarla; la ambicion, decimos, tenia preparados los ánimos á la lucha, y entonces el cuadro que ofrecian los intereses de la Alemania, de la España, de la Francia y la Italia, era, aunque en menor escala, semejante al que tres siglos despues contempló el mundo, viendo en primer término la gigantesca figura del capitan del siglo, de Napoleon I.

Por si no era bastante la ambicion de los soberanos para conmover la sociedad puede decirse naciente, no bien habian terminado en España las guerras religiosas con la expulsion de los moriscos, comenzaba en Alemania á propagarse la herejía de Lutero, y este filósofo, este profeta del protestantismo, debia con el fuego de su inteligencia encen-

der de nuevo la tea de la discordia, exacerbar los ánimos, dividirlos, ensañarlos y mantener viva la guerra de las guerras, la mas tenaz, la mas profunda, la mas sangrienta, la guerra de la fe verdadera contra la falsa fe, la guerra religiosa.

Aun cuando en nuestro libro no tratemos mas que de bosquejar los primeros dias del reinado de Carlos V; como acaso mas tarde en nuestra coleccion de episodios históricos encontraremos los efectos de la escuela protestante, afortunadamente sofocada en España en todo tiempo, al paso que trazamos el cuadro que presentaba Europa al empezar á reinar el heredero de Doña Juana la *Loca*, no creemos que disgustará á nuestros lectores una reseña íntima, si se nos permite esta frase, de la historia, ó mejor dicho, de los orígenes de la secta protestante, al mismo tiempo que de su iniciador y propagador Martin Lutero, y vamos á trazarla tal

como la encontramos en el precioso libro de Fr. Prudencio Sandoval, cronista de Carlos V, libro abundante en datos preciosos, y fuente de nuestras inspiraciones al trazar nuestra historia.

Por otra parte, los secuaces de la nueva doctrina dieron tanto que hacer á nuestro protagonista, que no estarán de mas los datos que reproducimos.

No recordamos quién ha dicho, que los mas extraordinarios acontecimientos del mundo han tenido un orígen vulgar. Si antes que nosotros nadie hubiera formulado esta creencia, nunca mejor que al ocuparnos de Lutero y de su doctrina podria sentarse este principio, basado en la experiencia de las cosas.

Cuando hoy, despues de haber pasado cuatro siglos, contemplamos el espantoso cuadro de las guerras que la herejía de un hombre ha suscitado,

cuando vemos tantas víctimas santificadas por unos y execradas por otros, cuando tantos intereses encontrados luchan y perecen á medida que retrocedemos en nuestras investigaciones del pasado, cuando pensamos en las profundas raíces que el protestantismo ha echado en algunos países de Europa; por mas que lamentemos como católicos el extravío de nuestros hermanos, por mas que comprendamos con dolor los goces que pierden, goces que nosotros, iluminados por la fe, arrojados con toda nuestra alma en los amantes y purísimos brazos del Catolicismo, disfrutamos llenos de júbilo, por mas que consideremos esta cuestion como una de las mas graves crisis por que ha pasado la doctrina de Jesucristo, saliendo como siempre triunfante, no podemos menos de sonreirnos al saber que todas estas guerras, estas víctimas, estos intereses, estos trastornos, han sido hijos de una incomodidad vulgar, de una cuestion de amor propio

entre dos comunidades, de una competencia mezquina entre los frailes Dominicos y Agustinos.

Hé aquí los misterios que nos descubre la historia íntima de aquellos tiempos.

Lutero nació en Sajonia, el año 1485, el dia de San Martin.

Su padre se llamaba Juan Ludder; y él no quiso usar este apellido, porque *ludder* en aleman significa *ladron*. Mudóle pues y se llamó Lutero.

Ganando su vida como abogado desde los primeros albores de su juventud, se hizo fraile á causa de un extraño suceso.

Cuando tenia veinte años, salió una tarde al campo. Iba solo, y de pronto estalló una tormenta espantosa. Amedrentado, se detuvo y vió caer á su lado una exhalacion que turbó sus sentidos, y

que no le mató, gracias á la misericordia divina.

Poco tiempo despues tomó el hábito de San Agustin, compungido y medroso todavía. Con la mudanza de vida mudó de estudios y de pensamientos; y la teología fué su diaria ocupacion, dándose á conocer desde el principio entre los miembros de su Órden por la novedad de sus ideas, por su argumentacion, que, separándose de los límites escolásticos, revelaba en él una inteligencia soberbia, un carácter indomable.

Todos decian que era el diablo en persona, y á juzgar por los escritos de su época, él mismo dió motivo para creerlo.

—Yo conozco muy bien al diablo, exclamaba á veces, y él me conoce mejor á mí.

Un dia estaba en el coro con los frailes. Se can-

taba el Evangelio, y al llegar el que lo salmodiaba al versículo : *Dæmonium et illud erat mutum*... cayó Lutero en tierra súbitamente dando voces terribles.

— Yo no soy ese de que hablais, gritaba; yo no soy ese...

Desde aquel dia todos los que le rodeaban creian á puño cerrado que si no era el diablo en persona, le faltaba muy poco para serlo. Hasta hubo quien aseguró que le habia visto tratar directamente con Satanás; pero entonces la ignorancia dominaba en todas las clases, y en muchas ocasiones se tomaban los sueños y las apariciones por verdades.

En muy pocos años, un pleito que sostuvo en Roma, sus explicaciones en la cátedra que desempeñaba en la Universidad de Wurtemberg, sus desenvueltos discursos siempre prontos á mezclarse

en todas las cuestiones de su época le alcanzaron una reputacion universal en los conventos, que por entonces eran los centros monopolizadores de la civilizacion.

Estando Lutero en esta opinion, sucedió que el papa Leon X concedió unas indulgencias para la fábrica de San Pedro. Para su predicacion nombró el Santo Padre comisario general en Alemania al cardenal Alberto, arzobispo de Maguncia, príncipe elector y marqués de Brandeburgo. Era costumbre muy antigua en Alemania confiar á los frailes agustinos la predicacion de la Cruzada; pero entonces el cardenal, por gusto ó cualquier otra causa que la historia no cuenta, la confió á los de la órden de Santo Domingo.

— ¡Afrenta! gritaron los de San Agustin: esto es hollar nuestros derechos, rebajar nuestra dignidad.

Como el duque de Wurtemberg era deudo y amigo del vicario general de la Órden, él y Lutero se quejaron de la injusticia del cardenal, y el duque les dió oidos.

Los frailes agustinos apuraron todos los vitupe-rios posibles para calificar á los dominicos y á su protector.

— Los dominicos, decian los agustinos, son unos egoistas, unos hipócritas : la publicacion de las bulas nos pertenece de derecho, y al publicarlas ellos nos lo usurpan.

— ¡ Son unos usurpadores !

— ¡ Y unos embusteros !

— Con las bulas engañan á los bobos sacándoles monedas...

Renunciamos á describir esta serie de imprope-

rios, entre hombres llamados por su mision á moderar las pasiones, y debiendo, por su carácter, saber moderar las suyas, sobre todo cuando tan bajas y miserables eran.

Si los dominicos engañaban á los bobos con las bulas, ¿no lo habian hecho antes ellos? La historia íntima de los conventos, no de la religion, porque es preciso no confundir la idea con el hombre, el espíritu con la forma, nos suministraria muchos datos para probar, que si hoy falta á la fe el entusiasmo primitivo, los encargados de sostenerle han tenido la culpa.

Lutero, enfurecido con la determinacion del cardenal primado, le escribió una carta ridiculizando las indulgencias, y mas tarde formuló sus protestas, ofreciéndose á sustentarlas contra todos los campeones del Catolicismo que se atrevieran á luchar con él.

Este fué pues el orígen de la secta protestante. La envidia encontró un hombre, tomó su forma, se exasperó, en su rabia quiso destruir cuanto hallara á su paso, y una simple querella entre dos órdenes religiosos dividió la cristiandad y arrojó las semillas de innumerables luchas que aun hoy duran ocultas, sordas, por mas que la tolerancia religiosa se haya proclamado en algunos países como base de la preponderancia del comercio.

Estos sucesos que referimos tuvieron lugar en el año 1517, aunque al principio de su era la nueva secta inquietaba ya á los hombres políticos, á los unos porque la temian, á los otros porque podrian servirse de ella como de un instrumento para realizar sus ambiciosos planes.

La Europa, como vemos, estaba amenazada de una fuerte convulsion, despues de hallarse herida

por el choque de los intereses italianos, franceses y alemanes.

Tal era el sobresalto, el miedo que todas las clases tenian en Europa, que podemos decir con fundada razon que todas deliraban al verlas sobrecogidas, espantadas, creyendo los augurios mas terribles, los pronósticos mas absurdos; creencias hijas de la ignorancia, de la barbarie de la época, pero á pesar de todo consignadas en libros muy formales, y suscritas por hombres doctos.

«Queriendo los cielos ó los demonios, dice el cronista de Carlos V, hacer demostracion de la sangre que en vida de este príncipe se habia de derramar en el mundo; por el mes de agosto de 1517 en los prados de Bérgamo, pueblo de Lombardía, durante ocho dias continuos, tres y cuatro veces al dia, se vieron salir fuera de un cierto bosque batallones de hombres á pié con

grandísima ordenanza, de diez ó doce mil infantes cada batallon, siendo cinco los que parecian. Viéronse además de estos á la mano derecha, prosigue diciendo el historiador, otros escuadrones de mil hombres de armas, y á la mano izquierda infinito número de caballeros á la jineta, y entre los hombres de armas y la infantería gran cantidad de trenes de artillería, y al encuentro de estas gentes salian otras tantas con el mismo órden y armas. Y en la vanguardia y retaguardia otras muchas compañías de gente suelta y caballeros, como capitanes hablando unos con otros : despues se separaban, y al cabo de un corto intérvalo aparecian tres ó cuatro á caballo con gran pompa, los cuales, segun las coronas y otras insignias reales que llevaban, parecian reyes y acompañaban á otro mas principal, á quien todos se humillaban y trataban con la mayor reverencia. Estos príncipes se juntaban con otro que los esperaba en

medio del camino, rodeado de un numeroso séquito y de varios embajadores. Poco despues, cuando terminaba la deliberacion, quedaba el gran príncipe, solo, con fiero y horrible semblante, colérico, impaciente, armado en blanco, y quitándose la manopla la lanzaba al aire, sacudia la cabeza, y con la vista turbada volvia el rostro atrás para observar el órden que guardaba su ejército. En el mismo punto sonaban las trompetas y atambores, clarines y otros instrumentos de guerra, con un estruendo y ruido inmenso de artillería que disparaba, que no parecia sino ser producido por el mismo infierno. Veíanse infinitas banderas y estandartes, con gentes armadas que rompian unas con otras con un ímpetu y ferocidad horribles, dándose tan crueles golpes que parecia que se hacian pedazos. La vision fué tan espantosa, que los que la vieron decian que no sabian con qué compararla sino á la misma muerte.

Duraba la batalla media hora y luego cesaba, desapareciendo los ejércitos. Algunos que se atrevieron á llegar al paraje donde se daban las acciones, vieron innumerables puercos que permanecian allí algunos instantes, y luego se escondian en el bosque, quedando en el campo huellas de hombres y caballos, y muchos árboles arrancados y quemados á fuego. Los que este paso aventurado dieron, enfermaron.

Por otra parte, unos cuantos Dálmatas, navegando por el mar de Ancona en Romania, juraron haber visto quince Estados levantando en el aire á un lobo con una pieza de paño colorado en la boca y en las manos. En Alemania, salió un dia de una iglesia que estaba en el desierto mucha gente con armas blancas y sus capitanes, el uno con una bandera roja y un Crucifijo en ella : la bandera del segundo era blanca y tenia lunas amarillas : los de

uno y otro bando combatian ron mucho estrépito de trompetas y atambores, y las personas que presenciaban sus combates enfermaban y morian. La pelea duraba cuatro horas diarias.

Estos cuentos corrian de boca en boca en las comarcas de Europa, y un inmenso pavor estaba apoderado de los ánimos. Entretanto los que sabian hasta qué punto merecian crédito estos augurios, explotaban la credulidad del vulgo y sembraban las semillas del trastorno para recoger como fruto las guerras que mas tarde se suscitaron.

Antes de describir lo que ocurrió en Villaviciosa á nuestro protagonista, veamos los preparativos que en su nacion se hacian para recibirle.

España estaba gozosa y alborozada con la nueva de la próxima llegada de su deseado príncipe. El infante D. Fernando y los gobernadores residian en

Madrid, y determinaron encaminarse á Aranda de Duero para esperar allí el aviso del arribo del monarca.

El cardenal, que se encontraba enfermo, se agravó en el camino, y hallándose en Aranda, decidió, para reposar algunos dias, pasarlos en el monasterio de Franciscanos de Aguilera. A principio de setiembre recibieron el infante y los gobernadores una carta del rey, fechada en Flandes, mandando al cardenal Ximenez de Cisneros y al dean de Lovaina que separasen del lado del infante D. Fernando al comendador mayor de Calatrava, Gonzalo Nuñez de Guzman, su ayo, á sus sobrinos los hijos de Ramiro Nuñez, á Suero del Águila, su caballerizo, hijo de Dª. Isabel de Carvajal, su aya, y á otros criados que tenia, porque era voz de que trataban con algunos grandes del reino, trabajando en favor de su amo para que le proclamaran su monarca.

Esta carta impulsó al cardenal á tomar medidas vigorosas para obedecer las órdenes del rey.

Veamos antes de pasar adelante cuáles eran las probabilidades que el infante D. Fernando tenia en Castilla de hacerse proclamar soberano, examinemos sus condiciones, las de los personajes que le ayudaban, y de este modo podremos comprender el primer acto de la política en España de Carlos V, rasgo que demostraba su energía, y que quizás, empezándole á conquistar las voluntades de sus súbditos, le ayudó poderosamente para llegar á hacer de su reinado uno de los mas brillantes de la monarquía ibera.

CAPITULO IV.

EL INFANTE D. FERNANDO.

El viernes 10 de marzo de 1503, dió á luz en Alcalá de Henares la princesa entonces, mas tarde reina, Dª. Juana, á su tercer hijo el infante D. Fernando, y el domingo siguiente fué bautizado so-

lemnemente con gran regocijo de la reina Dª. Isabel y de todos los caballeros de su corte.

Una memoria de aquel tiempo nos comunica los detalles de aquella ceremonia, y aunque parezca una digresion su copia, la transcribimos para que puedan nuestros lectores formarse una idea del fausto de la época y del ceremonial que empleaban los reyes en una de las situaciones mas solemnes de su vida.

El dia del bautismo salió la reina Dª. Isabel á misa, vestida con una saya francesa de carmesí colorado y un joyel en los pechos; al rededor del sacon una medalla riquísima, y un brazalete en el brazo derecho con rubíes y esmeraldas, que llegaba desde la muñeca hasta cerca del codo. A la reina acompañaban la señora del adelantado de Murcia, vestida con una basquiña de carmesí, y sobre ella un monjil de carmesí altibajo forrado de armiños, mangas

acuchilladas y todas las aberturas guarnecidas de oro de martillo; la mujer de Juan Velazquez con saya francesa de carmesi y falda muy larga forrada de armiños y ceñida con una cinta de oro de martillo y en ella muchas piedras de valor. Además iban otras damas con infinitos cabos de oro, gorgueras y collares. Todos entraron á oir la misa en la sala grande. Los caballeros tambien ostentaban lujosos trajes. El duque de Nájera vestia un jubon de carmesí altibajo con mangas anchas, un sayo frisado sin mangas, un capuz abierto con orillas guarnecidas, y su espada era toda de oro y la vaina y correas de hilo de oro labradas. Sus borceguíes eran leonados, y su caperuza de terciopelo con un rico joyel. El marqués de Villena llevaba una loba de paño morado muy fino, un sayo de grana y una caperuza de terciopelo morado. Garcilaso iba adornado con una cadena de oro que pesaba tres mil castellanos, y Fonseca ostentaba otra que le

regaló el emperador de Alemania cuando fué embajador de Sus Altezas cerca de este soberano.

Predicó el obispo de Málaga, y todo el sermon fué de alegría y de alabanzas á la princesa, refiriendo su vida desde su niñez.

Terminada la ceremonia religiosa, fué la reina con sus dueñas y sus damas á visitar á su hija. El marqués de Villena la daba el brazo, y delante iba el duque de Nájera. Despues se retiraron á comer, y cuando concluyeron, estaba ya ordenado el juego de cañas en el corral grande de palacio, situado en el paraje de la huerta. La reina se asomó á una ventana ricamente adornada, y su servidumbre se colocó en los corredores.

Hechos los preparativos se presentó el duque de Nájera con cincuenta caballeros lujososamente ataviados. Llevaba seis caballos de diestro con muy

costosos jaeces, muchas trompetas y atabales, y se colocó cerca de la ventana de la reina.

El marqués de Villena, su competidor, salió vestido todo de grana y morado, con otros seis caballos muy bien enjaezados.

A su vez se puso enfrente del duque, acompañado como él de trompetas y atabales.

Jugó el duque de Nájera las cañas, y no se tañian trompetas sino cuando él salió. El marqués no se movió de su sitio, donde duró el juego una hora, y de allí comenzaron á hacer escaramuzas, convirtiéndose los unos en moros y representando los otros el papel de cristianos. La escaramuza duró media hora, despues pasaron carrera el duque, el marqués y otros muchos, y cada cuadrilla se retiró despidiéndose antes con el mayor acatamiento de su soberana.

El sábado siguiente se entoldó toda la calle del palacio hasta San Justo, porque debia pasar por ella la comitiva del bateo; pero llovió y fué preciso aplazar la ceremonia para el siguiente dia.

Las damas flamencas iban vestidas á la española. El duque de Nájera tomó al infante en sus brazos y lo envolvió en un mantillo de brocado, forrado de armiños por las espaldas y por los hombros. El adelantado de Castilla llevaba las fuentes de oro y las toallas, el conde de Fuensalida la copa en que iba la sal, ayudado por un paje, porque la copa era de oro macizo y de gran dimension; Mr. Muhi llevaba el plato con el capillo.

Bautizó al regio vástago el arzobispo de Toledo, y fueron sus padrinos el duque de Nájera y el marqués de Villena.

Esta es la relacion que testigos oculares hicieron

de la solemne ceremonia del bautizo del tercer hijo de los reyes Felipe el *Hermoso* y Juana la *Loca*.

Lo que despues de su nacimiento ocurrió en Castilla hasta la muerte del Rey Católico lo habrán podido ver nuestros lectores en los dos anteriores tomos de nuestra coleccion *La pasion de una reina* y *La villana de Alcalá*.

Muerto el rey D. Fernando el Católico, fué heredero del trono de Castilla su nieto el principe D. Carlos; pero á la muerte del esposo de la magnánima Isabel I, los nobles, ambiciosos y enemigos de la dominacion extranjera que les amenazaba al subir al poder el hijo de un rey de España de orígen aleman, deseando por otra parte gobernar el reino á su antojo, crearon un partido en favor del infante D. Fernando, nacido y criado en España, y demasiado niño aun para tener voluntad propia,

con lo que lograrian dominarle por completo y saciar sus ambiciones de mando y de lucro.

Carlos I estaba dominado por su ayo el señor de Chievres, quien, queriendo contrarestar la influencia del cardenal Ximenez de Cisneros, habia hecho nombrar gobernador en compañía del primado de España á su pariente el dean de Lovaina.

El infante D. Fernando tenia por ayo, como hemos dicho antes de ahora, al comendador mayor de Calatrava, Gonzalo Nuñez de Guzman, hombre de edad, uno de los mas probos de Castilla y que como buen español se lamentaba de que se aprovechasen los Flamencos y tratasen de utilizar los extranjeros la gloria tan costosa que los Reyes Católicos habian conseguido para España.

Hombre de corazon, de buenos sentimientos, de carácter enérgico, habia educado á su discípulo en

el temor de Dios, pues habia procurado ilustrar su inteligencia, desarrollar en él las virtudes que aumentan el esplendor de un príncipe, y dotarle de cualidades á propósito para que en caso de realizarse sus proyectos de coronarle como rey de Castilla, pudiese competir con su hermano, del que tan poco bueno se esperaba en vista de las impresiones que al examinarle habian recibido los enviados españoles que habian tenido ocasion de verle en Gante. Bien es verdad, como hemos dicho, que Carlos antes de emprender su viaje á España para encargarse de las riendas del gobierno de su nacion habia vivido de tal manera bajo la tutela del señor de Chievres, que sin manifestar voluntad propia no revelaba ni con mucho al valiente capitan, al hábil político, al fuerte soberano que mas tarde debia desarrollarse al mismo tiempo que su complexion y su talla.

Con este motivo, creyendo Gonzalo Nuñez de

Guzman que haria un verdadero servicio á la patria dándola un rey digno de su esplendor, con la mayor buena fe del mundo y auxiliado por otros personajes que, á decir verdad, no caminaban con los mismos fines que el honrado tutor, puso en juego todos los recursos con que contaba para realizar sus designios. Despues de la muerte del Rey Católico, los consejeros de la Corona, que habian permanecido en Madrigalejos, dieron cartas para todos los corregidores, ciudades y villas del reino, prorogándoles los oficios y ordenándoles que los desempeñasen en paz. Acto continuo escribieron al cardenal Cisneros indicándole que el rey le habia nombrado gobernador de Castilla hasta la venida del príncipe su heredero, y rogándole que acudiese á Guadalupe, á donde todos se dirigian para disponer de comun acuerdo las medidas que en las circunstancias en que se hallaban debian tomarse.

No sabiendo el infante D. Fernando, ó mejor dicho su ayo, la variacion que el Rey Católico habia introducido en su testamento, juzgando que el niño príncipe quedaria nombrado gobernador, como su abuelo lo habia dispuesto y ordenado en Burgos, aconsejado por las personas que le rodeaban, escribió al Consejo y á otras personas, poniendo al principio de sus epístolas *El Infante*, y mandando á todos que fuesen á su encuentro á Guadalupe.

Al llegar el secretario, encargado de entregar las citadas cartas á presencia de un miembro del Consejo, y al entregarle la destinada para él, como viera al principio la fórmula : « *El Infante...* »

— Decid á Su Alteza, habló al secretario, que pronto iremos á Guadalupe á obedecer sus órdenes; pero que no tenemos rey sino César.

Esta respuesta fué muy celebrada así en España

como en Flandes, y mas tarde pareció una profecía, porque el infante no solo fué rey sino emperador de Romanos.

Se reunieron en Guadalupe los miembros del Consejo, el gobernador nombrado por el rey difunto, el infante y su servidumbre, y el dean de Lovaina enviado por el príncipe Carlos como su embajador.

Arregladas todas las diferencias, contenidos los partidarios del infante por la sagacidad y la energía del cardenal Cisneros, todos se encaminaron á Madrid en 1º. de febrero de 1516; pero no por eso los enemigos del cardenal y del primer hijo del flamenco Felipe I dejaron de animar al infante á que se declarara en contra de su hermano, si no para conseguir el triunfo, al menos para suscitar dificultades al gobierno provisional.

A pesar de sus pocos años estaba tan persuadido

el infante de que en la Castilla se deseaba su reinado, que al verse despojado del gobierno y de las demás preeminencias que en su primer testamento le dejaba su abuelo, fué tan grande su pena, que cayó enfermo con cuartanas originadas de su melancolía. La caza era su única distraccion.

Veamos lo que hicieron sus partidarios para aumentar en él el odio hácia su hermano, para impulsarle á declararse en abierta lucha contra él.

CAPITULO V.

LA CACERÍA EN EL PARDO.

Solo el noble ejercicio de la caza podia distraer al infante.

Niño y todo como era, tenia muy arraigado en su alma el sentimiento de la dignidad; le habian

hecho creer que la postrera voluntad de su abuelo no solo habia perjudicado sus intereses, sino que habia rebajado en cierto modo su posicion, y sin poder explicarse el motivo de su disgusto estaba disgustado.

Apenas habia cumplido catorce años, y su estatura y el desarrollo de sus músculos le hacian pasar por un hombre.

Una noche, á fines de febrero, despues de haber pasado un dia enojoso asediado por sus consejeros y por los intrigantes que le rodeaban, se acercó á él su paje, el paje de su confianza, Ramiro.

— Mañana quiero dar una batida en el Pardo, dijo el infante : encárgate de que todo esté dispuesto, y no hables nada de mi proyecto ni á mi ayo ni á ninguno de los nobles de mi servidumbre. Tú me acompañarás con los monteros.

— ¿Y qué dirá, señor, D. Gonzalo, al saber que habeis salido á caza sin habérselo indicado?...

— No importa, quiero librarme por un dia siquiera de su presencia. Estoy ya harto de oir hablar de Castilla y de su trono, de mi hermano y de mi dignidad, de conspiraciones y de trastornos. Deseo perderme entre las malezas del monte, no ver mas que el cielo y los descarnados picos de las rocas, oir la bocina y los aullidos de los perros, olvidar... tú no sabes el bien que experimentará mi alma olvidando. Mañana al amanecer al Pardo.

Salió Ramiro de la estancia del infante, y mientras el jóven se preparaba á reposar para madrugar al dia siguiente, su paje salió del Alcázar, y embozado en su capa se encaminó por el sitio en donde actualmente se halla el arco de la Armería, bajo una cuesta que conducia á la calle de Segovia, y entró en una casa por una puerta pequeña.

— ¿Eres tú, Ramiro? dijo al verle otro jóven de su edad que estaba muellemente sentado sobre un escaño cerca de una puerta cubierta por un rico tapiz.

— En cuerpo y alma, respondió el paje; es decir, en cuerpo solo, porque respecto de mi alma, si no se la ha llevado el diablo, debe estar para hacerlo.

— Apuesto á que si te condenas alguna vez, lo que no dudo, tiene mi amo la culpa.

— Tu amo, si no es Satanás, debe ser su embajador en el mundo; pero en fin es tan agradable todo lo que dice y lo que hace...

— Sobre todo lo que hace... ¿no es verdad?

— No vayas á creer que me ha comprado.

— ¿Quién piensa en eso? basta con alquilar...

— Gracias por la lisonja, señor Longinos; me ha tratado vuesa señoría de mula de alquiler...

— No tal, señor paje; pero si no sois mula, teneis todas las marrullerías de las mas potreadas: no lo puede negar ni la misma madre que os parió.

— Me estais insultando, mozalvete, añadió Ramiro fingiendo un mal talante, y despues cambiando de tono y aspecto... vamos, Rui Gomez, no queramos echarla de caballeros, porque tendríamos que habérnoslas; seamos tú escudero y yo paje, vivamos cada uno como mejor podamos, y allá en el dia del juicio ajustaremos cuentas.

— Nos las ajustarán, que es aun peor; pero cómo ha de ser, adelante. ¿Qué es lo que se le ofrece al paje del infante D. Fernando?

— Quisiera hablar al conde.

— Le pasaré recado.

El escudero levantó el tapiz, entró en la estancia de su amo, y á poco salió diciendo al paje que podia pasar.

Ramiro penetró á su vez en la estancia, y una hora despues salió, volviéndose al Alcázar.

El conde llamó á su escudero.

— Sin perder un instante irás al Pardo, le dijo, y allí...

Habló al oido de su criado, y por esta razon no podemos decir á nuestros lectores las órdenes que le comunicó.

. . . .

. . . .

Al dia siguiente muy de madrugada, esperaban en el patio del Alcázar al infante su paje y sus

monteros. Los caballos estaban ensillados, los perros impacientes y todo preparado para ponerse en movimiento á la primera indicacion del augusto cazador.

No se hizo esperar, y la comitiva se dirigió á las cinco por el camino que conduce al Pardo.

Eran las seis y todavía estaba la atmósfera empañada por la neblina de la helada de la noche anterior. Sin embargo, los rayos del sol, que empezaban á asomar por el Oriente, anunciaban que el dia seria hermoso, y este primer favor que concedia la naturaleza al jóven infante le hizo experimentar una secreta felicidad.

Cazar mucho era entonces su único deseo; en él cifraba toda su dicha.

Sin despegar sus labios, llevando á su izquierda á su paje, y seguido de seis monteros y de los

criados con la jauría, continuó avanzando por una senda árida. Solo de trecho en trecho hallaba árboles secos y mutilados por el hacha del leñador. A medida que adelantaba se aumentaban los árboles, empezándose á divisar á lo lejos el bosque, aunque no con todo el esplendor que prometia ofrecer en los apacibles dias de la primavera.

Pasada una hora hicieron alto en la residencia de los monarcas, se desayunaron y á las ocho comenzó la batida.

Nuestros lectores conocen seguramente las emociones de la caza, emociones á que no sin razon se las llama placer.

El triunfo del hombre sobre las fieras montaraces, la lucha que precede á este momento de embriaguez en que el cazador sin explicárselo respira con la satisfaccion de los héroes, la agitacion,

la zozobra, la ansiedad, la fiebre que se apodera del que acecha la fiera, del que la azuza, del que la persigue, los gritos de los que la espantan, el sonido de la bocina que como una chispa eléctrica llega á los cazadores y los dispone á descargar el golpe sobre la pieza cuya proximidad le anuncian; todas estas inquietudes, estas sorpresas, estas asechanzas, estas emociones tan diversas hacen de la caza una de las pasiones que mas goces ofrecen.

El hombre con sus triunfos olvida por un instante que está sometido á las leyes de la sociedad, se cree el verdadero tipo de la obra primitiva de Dios, el verdadero rey de la naturaleza.

Los monteros cumplieron su deber, y á las tres de la tarde habia ya varias reses tendidas, y el infante se hallaba ebrio de gozo. Pero en medio de su espontánea y viva satisfaccion tenia un pesar. Un hermoso venado habia pasado á su vista, le ha-

bia apuntado, habia disparado y le habia herido; pero el animal, sin abandonar su fugitiva carrera, se habia escondido en lo mas hondo del monte, y los criados y los perros habian perdido su pista.

Esto inquietaba al jóven.

— ¿Dónde se habrá escondido? preguntaba con ansia á sus monteros. La herida que le he hecho no ha podido dejarle vivir mucho tiempo... quizás hemos pasado junto á él sin verle.

— ¡Y la pieza era hermosa, á fe mia, señor! dijo Ramiro. Bien merece buscarla hasta no poder mas.

— Ese es mi deseo. Comencemos ahora, y despues...

— Despues, si V. A. me lo permite, yo le acompañaré.

— Todos iremos, dijo D. Fernando.

Dos horas despues, el infante, el paje y los monteros buscaban en todas las guaridas del monte al venado que de aquel modo habia excitado el deseo del jóven cazador.

El venado no parecia, y porque ya la noche se echaba encima, y el infante no queria volver al Alcázar sin la presa, dispuso que se diseminaran sus servidores para explorar el monte.

D. Fernando por su parte, despues de señalar el sitio en que volverian á reunirse, se encaminó á la ventura.

Anduvo una buena porcion de terreno, y al llegar á una prominencia que este formaba, se presentó á su vista una figura extraña que al pronto le detuvo asustándole; pero repuesto de la primera emocion, se disponia á pasar á su lado sin hacer caso de ella.

Era un ermitaño de enjuto rostro, de ojos hundidos y brillantes como carbunclos.

La penitencia y el ayuno habian impreso en sus facciones las huellas de la muerte; todo en él era repugnante, inspiraba lástima y horror.

— Señor... dijo con débil voz poniéndose delante del caballo de D. Fernando, señor, deteneos un momento, oid al Cielo, que quiere hablaros por mi boca, escuchad el consejo de la sabiduría.

— ¿Quién sois? le preguntó el infante: ¿cómo os hallais en estos sitios?

— Vengo desde muy lejos á pié para anunciaros vuestra suerte, para descubriros el porvenir...

— ¿Pero quién sois?

— Un ermitaño, señor, un pobre pecador arrepentido que solo haciendo bien halla consuelo.

— ¿Y qué venís á anunciarme?

— Una nueva muy grata.

— Hablad.

— El Cielo, señor, os destina para rey de Castilla. En vano vuestro abuelo ha querido impedirlo legando su corona á vuestro hermano; contra los altos designios no hay poder en la tierra, y el cetro que hoy conservan para D. Carlos dará en vuestras augustas manos dias de esplendor á vuestra patria. No desmayeis, señor, que no puedan desalentaros los obstáculos; la nacion os prefiere, os ama, los nobles que os rodean, los que os sirven, os defenderán y velarán por vuestra seguridad y vuestra preponderancia; confiad en ellos, seguid sus consejos, cobrad ánimo, disputad á vuestro hermano y al mundo todo un derecho que os pertenece; si es preciso luchar, confiad en que la suerte os pro-

tege. A vuestra voz toda Castilla se levantará, combatirá á vuestro lado, y con el triunfo de vuestro derecho conseguiréis el triunfo de conquistar con vuestra energía, con vuestro prestigio la corona mas esplendente del universo.

El infante escuchaba embebecido estas palabras que creia proféticas por el extraño y misterioso aspecto del que las pronunciaba y que halagaban su amor propio y su naciente ambicion personal.

El ermitaño continuó.

— Dios, que os depara esta fortuna, le dijo, Dios, que os protege de este modo, exige vuestra gratitud, y no podréis negaros á satisfacer sus prescripciones. Os da el bien, pero os manda que no le rechaceis, y que os hagais digno de sus altos beneficios. Solo si no cumplís las órdenes que en su nombre he venido á daros, añadió el ermitaño con

voz mas lúgubre, aun volveremos á vernos, pero no será en la tierra.

Estas últimas palabras sobrecogieron al adolescente, su vista se turbó, quedó como petrificado, comprendió lo terrible de la lucha que tendria que trabar con su hermano, se horrorizó como otras veces, y al abrir sus ojos, ó mejor dicho al quitarse de ellos la nube que los cubria, buscó al ermitaño y no lo halló.

Mas asustado aun con su desaparicion, tocó su bocina, y poco despues fueron acudiendo á su encuentro su paje y sus monteros.

Les refirió el suceso, y entonces no fué la res sino el ermitaño el que deseó encontrar.

Su paje le habló al oido.

— No le hallaréis, señor... yo, aunque de lejos,

le he visto y le he reconocido. Cuando gusteis saldremos una noche del Alcázar, y os llevaré á un paraje donde le encontraremos. ¿Lo deseais?

— Sí... sí... mañana iremos.

— Esta noche, si quiere V. A.

— Bien, esta noche... volvamos á Madrid.

Dadas las órdenes, los monteros y los criados siguieron al infante.

La noche comenzaba, y D. Fernando y su séquito caminaban en silencio.

El nieto de los Reyes Católicos suspiraba de cuando en cuando, y parecia estar sumamente preocupado.

Ramiro le contemplaba, y una sonrisa maligna se dibujaba en sus labios, al sorprender en el sem-

blante del jóven los pensamientos que cruzaban por su mente.

Don Fernando pensaba en que por todas partes le perseguia la idea de recobrar lo que el testamento de su abuelo le habia quitado, pensaba en que ser rey de una nacion como Castilla era una honra y una gloria suprema, pensaba que todos le aconsejaban que intentase disputar á su hermano el derecho en que se fundaba para dictar desde Flandes órdenes á los gobernadores de España; pero al mismo tiempo pensaba en que por las venas del príncipe D. Carlos corria su propia sangre, que era mayor, el elegido por la suprema voluntad del monarca católico para ocupar el trono, pensaba en que sus gustos íntimos le llamaban por otro camino, queria y no queria escuchar los augurios, los consejos, casi las prescripciones de los que le servian; y en esta duda, en esta alternativa, asus-

tado sin saber de qué, porque á pesar de su capacidad todavía carecia de la experiencia suficiente para conocer el valor de los peligros, deseaba volver á ver al ermitaño y lo temia, y todo era en él confusion y descontento.

— Ni aun en mis horas de recreo me abandonan los que mas me quieren, segun dicen, y los que mas me mortifican, segun veo, pensaba para sí.

Al toque de Oraciones llegaron al Alcázar, y otro nuevo disgusto esperaba al infante: su ayo, disgustado porque habia salido á caza sin advertírselo, estaba dispuesto á reconvenirle como se reconviene á los príncipes, con respeto sí, pero en el fondo todas las reconvenciones son una misma.

En esta situacion decidió D. Fernando apurar su perplejidad hasta el punto de tomar un partido extremo.

— Ramiro, dijo á su paje en secreto, esta noche á las Ánimas seré contigo donde quieras.

— No os pesará, señor, contestó el taimado..... Saldremos sin que nos vean y volveremos con luz.

El infante quedó solo en su estancia con Nuñez de Guzman.

Despues sabremos lo que hablaron.

CAPITULO VI.

EL LAZO.

Parecerá extraño á nuestros lectores que titulando á este libro *Los primeros amores de Carlos V,* despues de haber empezado describiendo el viaje y el temporal que sufrió en alta mar nuestro

protagonista, le hayamos abandonado para referir cuentos é historias de Europa, de Castilla y de algunos personajes.

Tal vez al escribir nuestro libro faltemos á las reglas del arte; pero como los primeros amores de nuestro héroe duraron poco y se extinguieron con su primer triunfo, despues de presentarlo con toda su grandeza arrostrando impávido los furores del mar y de la tempestad, hemos querido bosquejar detalladamente los obstáculos primeros que debia encontrar, para adivinar su porvenir en los primeros rasgos de su vida política. No tardaremos en volver á encontrarle en Villaviciosa en casa de los señores de Hevia disponiéndose á marchar á Valladolid : antes continuemos dando cuenta de los medios de que se valian los que deseaban apoderarse por completo de la voluntad del infante y que él se apoderase del cetro de Castilla.

Despues de amedrentarle buscaron los halagos para seducirle.

Al toque de Ánimas llamó á su paje, ambos ciñeron á su cintura espada y daga y salieron sin ser vistos del Alcázar.

— ¿Dónde me llevas, Ramiro? preguntó el infante á su paje.

— Os llevo, señor, á casa de una maga, de una mujer hermosa que lee en los ojos y en las manos el porvenir de las personas que la consultan, de una mujer que sabe hacer pasar horas dichosas de abandono y felicidad á los que frecuentan su misterioso asilo, y esta noche solo nosotros entraremos en él.

— Pero ¿podré allí ver al ermitaño?

— Si V. A. no le ve, al menos podrá saber dónde se halla... La maga lo sabe todo.

— ¿Y me dirá cuál es mi porvenir?

— Todo cuanto querais: su vista penetrante adivina en los ojos el alma, y cuando ya conoce el alma, sabe la suerte que la espera, como vos, señor, sabeis rematar una res con vuestro cuchillo de caza.

El infante y su criado bajaron la cuesta que habia entonces en el paraje donde hoy se encuentra el Campo del Moro, y siguiendo hácia la izquierda hasta el convento de Franciscanos, torcieron despues por una callejuela, y dando vueltas y rodeos, llegaron por fin á detenerse ante una puerta de humilde aspecto.

Ramiro dió dos palmadas, y se asomó á una claraboya un rostro que, á la luz de un candil que sacó antes que su cabeza la dueña del rostro de que hacemos mencion, pudieron descubrir los dos

embozados que habia á la puerta, que era una vieja ó mas bien una bruja la que les preguntaba con melíflua voz:

— ¿Qué quieren sus mercedes?

— Abre... soy yo, dijo Ramiro; ¿no me conoces, madre Rosaura?

— Sí, hijo mio..... sí..... ¿no te he de conocer? ¿pero cómo es que vienes acompañado?

— No tengas miedo..... es persona de confianza; y no te pesará nuestra venida.

— Si es así, os trataré como á cuerpo de rey..... Esperad un instante; voy á bajar á abriros.

— ¿Quién es esa mujer? preguntó D. Fernando.

— Es una dueña que acompaña á la maga... no creais, señor, que tenemos que entendernos con ella.

La puerta se abrió, y el mismo rostro y el mismo candil se presentaron mas de cerca á la vista de los embozados.

— Llévanos á la estancia de tu ama, dijo Ramiro á la vieja; y despues, acercando sus labios al oido de la dueña, añadió:

— Ya sabes lo que tiene que hacer... si consigue nuestros deseos, recibirá el precio convenido, sino.....

— No tengas cuidado; entra con el infante en su aposento, ella saldrá en seguida y lo demás queda á su cargo.

— Venid, señor, dijo Ramiro dirigiéndose á D. Fernando, la maga no tardará en salir á nuestro encuentro.

Guiados por la vieja, penetraron en un aposento

primorosamente adornado. Las paredes estaban tapizadas con una tela formando cuadritos verdes con centros blancos y puntos encarnados, cuatro cornucopias de acero, colocadas unas enfrente de otras, aumentaban el resplandor de las luces que iluminaban la estancia. Al pié de una ventana cerrada con vidrios de colores se veia un banco con un gran almohadon; un cortinaje recogido, colocado enfrente de la ventana, dejaba ver un lecho cubierto con una tela de anchas listas azules, blancas y encarnadas.

Algunos jarrones con flores y cuatro preciosas jaulas de plata con pájaros de América daban una idea del lujo de la dueña de aquella habitacion.

— Vuesas mercedes, dijo la vieja, desean ver á mi ama, ¿no es verdad?

— Sí, respondió Ramiro.

— Pues va á salir al punto. ¿Quién la va á preguntar?

— Mi señor... añadió vivamente el paje.

— Entonces, hijo mio, replicó la dueña, esperarás en la antecámara, porque ya sabes que en estas casas misteriosas no puede haber mas que dos.

— Como gusteis, madre Rosaura. Vos me haréis compañía.

— Te contaré la historia de un judío muy rico.

— Ea... ea, despachaos... no nos hagais esperar mucho.

La vieja salió, el paje hizo otro tanto, y el infante se quedó solo en la estancia que hemos descrito.

Para él era extraordinario cuanto le sucedia.

Despues de haber experimentado durante todo el

dia las emociones de la caza, la aparicion del ermitaño y la extraña visita que iba á hacer á la maga, al mismo tiempo que las ideas de que estaba llena su mente, ideas que absorbian por completo los sentimientos de su corazon, le habian colocado en una situacion extraordinaria; tenia miedo, queria retroceder, y al mismo tiempo una mano de hierro le impulsaba hácia adelante.

Pocos minutos despues de haber salido de la estancia la vieja y el paje, se movió el cortinaje de la alcoba y apareció en el dintel de la puerta una mujer jóven y dotada de una belleza tan grande, que solo su vista fascinó á D. Fernando.

La jóven se adelantó, y con una sonrisa de sirena y un ademan de reina fué á sentarse en el banco que habia al pié de la ventana.

Con una mirada expresiva indicó al jóven que se

sentase á su lado, pero el infante titubeó un momento, y saliendo de su éxtasis obedeció la indicacion de la maga, á quien llamaremos Ana, porque este era su verdadero nombre.

Aquella jóven podria tener de veinte á veinte y cuatro años. Era esbelta, y todas sus facciones se armonizaban para completar una hermosura radiante.

Su rostro era sonrosado, sus ojos negros y humedos, su cabello negro tambien; su delicado cutis, suave como las alas de una paloma, y con el brillo del nácar, dibujaba las líneas azules de sus venas.

Su traje era precioso: una falda de damasco azul con franjas de oro y abierta por delante cubria otra falda blanca por delante, adornada con las caidas de un cinturon de hilillo de oro. El corpiño era tambien azul y no llegaba mas que debajo de los brazos, estando sujeto á los hombros por dos cor-

deles de oro. Una especie de camiseta de finísima tela bordada dejaba ver su pecho, rodeaba su cuello una gorguera de encaje, sus brazos estaban vestidos con una manga de lo mismo con pequeños bullones y una sobremanga perdida de damasco blanco. Sus puños estaban rodeados de perlas, en el pecho formaban una preciosa lista tres hilos de perlas, un collar de esmeraldas y rubíes caia por encima de su camiseta, y el adorno de su cabeza era tambien de perlas y rubíes.

Era una belleza privilegiada, y se reunian para hacerla mas bella aun los encantos del lujo.

— ¿Sois vos, señor, el infante D. Fernando? preguntó al jóven embelesándole con la melodía de su voz. ¿En qué puedo serviros?

— Señora... balbuceó cortado el infante... yo... deseo saber...

— Hablad con confianza. Castilla, aunque no sois su rey todavía, os mira como á tal, y yo soy castellana y por lo tanto vasalla vuestra.

La idea de ser dueño de una mujer como aquella, siquiera fuese civil esta posesion, entusiasmó á D. Fernando, y acercándose á ella :

— Me han dicho que sois maga, exclamó... ¿me han engañado?

— Por lo menos, señor, todos así me nombran; pero ¡pobre de mí! yo no sé nada.

— Cuentan que leeis en el porvenir.

— Alguna vez.

— Que adivinais los misterios mas ocultos del alma.

— No siempre.

— Que podréis satifacer la curiosidad que me devora, que podréis con vuestros consejos mitigar la tristeza que me persigue.

— Quizá, señor, pueda aliviaros, pero yo no respondo.

— Sí, podréis aplacar el ansia que siento en mí, vuestra vista me ha consolado, se atrevió á decir el jóven... Sed buena... habladme con lealtad, examinad mis ojos y mis manos, guiadme, ahuyentad al menos las dudas que me combaten, devolvedme la paz y pedidme en premio cuanto gusteis.

Ana se sonrió : tenia que habérselas con un niño, algo exigente desde el principio, pero que prometia contentarse fácilmente.

La maga conocia el corazon humano, y casi la daba lástima jugar con un corazon tan inocente,

tan puro, tan leal como el que acudia á ella á pedirla consuelos.

— ¿Cuántos años teneis? le preguntó.

— Presto cumpliré quince.

— ¿No habeis pensado nunca en el porvenir?

— Algunas veces han fijado mi imaginacion en el mañana, presentándomelo como un fantasma.

— ¿Habeis sufrido mucho?

— Yo sé que el mundo se disputa el amor paternal, y por mi parte no he conocido á mi padre, murió cuando apenas habia cumplido yo tres años, y mi madre, enferma, loca, encerrada siempre, apenas ha podido ofrecerme sus dichosas caricias.

— Y habeis necesitado ese amor que engalana los primeros años de la vida, ¿no es verdad? ¡Ah!

si lo leo en vuestros ojos, poseeis un alma ardiente, apasionada, ávida de emociones, que se consume dentro del círculo de hierro que el frio cálculo de los cortesanos que os rodean la ha trazado. Os fatigan las ocupaciones á que quieren dedicaros, necesitais libertad, necesitais recorrer la clave de los sentimientos y embriagaros con los suaves perfumes de las pasiones, necesitais realizar lo que habeis soñado al pié del trono de vuestros abuelos, libertad, amor...

—Sí, sí... exclamó el infante, entusiasmado porque Ana habia herido las fibras mas delicadas de su corazon... yo necesito eso que decís.

— La política os enfada.

— Me irrita... me desespera...

— Sin embargo, la gloria os interesa... ser monarca de un reino como España, amar y ser amado,

ser dueño de infinitas voluntades... eso bien vale los disgustos que os ocasiona la política.

Esta observacion paró por un instante el ímpetu del jóven, que ilusionado por las fascinadoras palabras de la maga, estaba pronto á arrojarse en sus brazos y decirla :

— Tú eres mi salvacion, tus palabras son una música celestial que me arrulla, no te separes nunca mas de mí.

Pero cuando le recordó que era infante, que podia aspirar al trono, comprendió que la política mas que nada le habia llevado á aquel sitio, y mudando de voz :

— Decid, señora... ¿conoceis la suerte que la Providencia debe otorgarme ?

—Sí, y os puedo jurar que es una verdadera suerte.

— El trono...

— Vos le ocuparéis.

— ¿Cuándo?

— Muy pronto.

— ¿Qué necesito hacer para revocar la última voluntad del Rey Católico?

— Oponeros á los actos del gobierno del cardenal Cisneros, declararos en contra de las órdenes que dicte vuestro hermano, confiar en los nobles que os rodean, pedirles apoyo en todo, contar con ellos, y luchar si es preciso. Toda Castilla estará á vuestro lado y os aclamará.

— ¿Conoceis á un ermitano que se me ha aparecido esta tarde en el monte del Pardo?

— Es un santo, señor; siempre que os hable oidle y veneradle.

— Con que decis...

— Que el porvenir que os aguarda es muy risueño...

— Y si yo no le aceptara...

— Seríais ingrato con la Providencia.

— ¿Podré volver á veros?

— Cuando gusteis.

— ¿Qué debo daros en pago de vuestros augurios y de vuestros consejos?

— Vuestra amistad, señor.

— ¿Me dejaréis que bese vuestra mano?

Ana tendió su diestra, y D. Fernando, embriagado de felicidad, imprimió en ella un beso que reveló á la maga cuánta era la influencia que ya tenia sobre su infantil corazon.

— ¿Qué tal, señor? preguntó Ramiro al infante cuando salieron de la casa. ¿Os ha dejado satisfecho la maga?

— Sí, me ha hecho muy feliz.

— Es hermosa, ¿no es cierto?

— Es divina...

— Esa mujer debe sembrar de flores la senda de la vida del hombre que posea su corazon.

— No sé cuánto daria por poseerlo...

— ¿La amais, señor?

— Yo no lo sé porque no he amado nunca, pero quisiera estar á su lado, respirar su aliento perfumado, sentir su mano ardiente entre las mias... Un beso suyo me daria valor para todo.

— Veo, señor, que he obrado mal proporcionándoos una ocasion de conocerla.

— Al contrario me has dado á gustar un placer que yo no sospechaba que existiera, y te prometo recompensarte.

— Señor...

— Mañana volveré yo solo.

— Como gusteis.

— Nadie sabrá lo que ha pasado.

— Por mi parte, señor...

— Ahora ya no me importa que me molesten durante el dia con las combinaciones de los que quieren verme rey. El premio de mi paciencia al escucharlos, serán algunas horas al lado de la maga.

El infante y el paje llegaron al Alcázar. Eran las doce de la noche, y como conocian perfecta-

mente todas las habitaciones de la morada régia, y algunos de los arqueros que la custodiaban estaban avisados, pudieron penetrar hasta la estancia del infante.

Su paje le desnudó, y al separarse de él le dirigió una mirada en la que un hombre observador hubiera podido adivinar que Ramiro era el instrumento de una intriga, y que estaba satisfecho de sus actos porque veia triunfante su perfidia.

Don Fernando apenas pudo pegar los ojos, le parecia á cada instante ver y oir á la maga, el calor de su mano lo sentia en sus labios, comprendia sin explicárselo que aquella mujer podia hacerle muy feliz, deseaba algo cuyo nombre ignoraba, sentia una fuerte opresion en su pecho, y no sabia si era el ansia, el afan de volver á verla, de estar á su lado el que le mortificaba,

ó si eran sus pensamientos ó sus ideas las que le ahogaban.

Aquella noche soñó, y al dia siguiente estaba entusiasmado, cuando á las diez de la mañana se presentó en su estancia el cardenal Ximenez de Cisneros.

Veamos lo que habló el gobernador de Castilla al hermano del rey.

CAPITULO VII.

UN AVISO DEL CIELO.

El cardenal de España entró con reposado paso en el aposento del jóven.

Su rostro infundia respeto y cariño á la vez, y por mas que los nobles que rodeaban al infante

tratasen de hacerle odioso á sus ojos, no podian conseguir que dejase de sentir hácia Cisneros una veneracion y un afecto grandísimo.

— Perdonadme, señor, le dijo el cardenal, que venga tan de mañana á molestar vuestra atencion con los enojosos asuntos del gobierno del reino; pero mientras que duermen sus vasallos, debe velar por ellos el rey, que es su padre, su ángel custodio; y yo, señor, como sabeis, soy rey por órden del monarca católico vuestro abuelo, que en gloria esté, y necesito velar por la tranquilidad del pueblo que me han confiado, y entregarlo aun mejor que lo recibí á vuestro hermano cuando sea servido de venir á pedírmelo; y como vos podeis contribuir á que yo experimente la alegría de ver realizadas mis esperanzas, ó por el contrario á que yo tenga que reprimir trastornos y alteraciones, vengo solo á avisaros del peligro que habria en promover

luchas estériles en el país, del resultado que obtendrian y de las medidas fuertes que en todo caso tomaria el gobierno para contrarestar lo que contra la paz y la tranquilidad del reino atentase la intriga y la ambicion.

— Hablad, señor cardenal, dijo el infante, os escucho con la mayor atencion.

— Mi gobierno disgusta á la nobleza, porque queriendo realizar el santo y liberal pensamiento de los Reyes Católicos, me he puesto en pugna con los grandes señores, oponiendo á sus fuerzas parciales las de la nacion, los ejércitos permanentes que son mi mayor gloria; les disgusta pagar el derecho de lanzas, y mas todavía no intervenir directamente en los asuntos del Estado. Por otra parte, la codicia de los Flamencos que vinieron á España con vuestro señor padre el rey Felipe, de dichosa recordacion, los irrita; saben que vuestro her-

mano no ve, ni oye ni entiende mas que por los oidos de su ayo el señor de Chievres, que nos ha enviado al dean de Lovaina; conocen que á su venida serán dominados por él, y quieren estorbar que se cumpla, como es ley y conciencia, el testamento de vuestro abuelo. Para lograr estos fines maquinan cuanto pueden, se reunen los mas enemigos para prestarse ayuda, y comprendiendo, señor, que apoyando sus pretensiones en una causa al parecer legítima, lograrán granjearse el beneplácito de la plebe y su cooperacion. Por eso han elegido en vos un instrumento; os presentan como una injusticia cometida contra vuestra dignidad la última disposicion testamentaria del monarca, y os incitan á poneros al frente de la conspiracion, á reclamar contra los actos de mi gobierno, á luchar contra vuestro hermano, porque saben que sois niño aun, que no conoceis los negocios, que por vuestro carácter no cobraréis nunca aficion á la

gobernacion del reino, y desean halagaros para captarse vuestra voluntad, obrar á su antojo y encender la guerra interior, terrible y encarnizada siempre y que destruye á la patria como destruirian á una madre sus hijos si pudieran luchar dentro de su mismo seno.

Los nobles de vuestra servidumbre, vuestros criados, todos conspiran contra vos. Ayer habeis estado fuera del Alcázar todo el dia: anoche, contra vuestra costumbre, salísteis á las Ánimas acompañado de vuestro paje y no volvísteis hasta media noche... el vulgo lo ve todo, y mis ojos, que no duermen, nada dejan pasar desapercibido. Pensad, señor, que si dais oidos á los que os aconsejan vuestra perdicion, que si os dejais coger en los lazos que á cada paso os tenderá la astucia de los hombres avezados á la intriga que os rodean, pondréis á la nacion en un conflicto, y yo tendré que

hacer un escarmiento muy terrible. Sed dócil como siempre lo habeis sido, sed bueno, recordad que vuestro hermano es rey por la voluntad soberana de Dios, recordad que su sangre es la vuestra, y pensad que al tratar de oponeros á su dominacion no solo excitaríais colisiones en España, la Alemania entera caeria contra vos como el halcon sobre la paloma, porque el príncipe Carlos puede realizar el ambicioso sueño de vuestro abuelo paterno el emperador Maximiliano, y si le conociérais como yo, sabríais que un hombre de su temple no renuncia con facilidad á una idea que tanto tiempo ha inspirado una secreta alegría á su corazon. — Os he dado un aviso... observad ahora con cuidado á todas las personas que os rodean, recibid con recelo sus caricias... no os dejeis alucinar, vuestro porvenir, el de la nacion que os ha dado cuna están en peligro, y solo la nobleza de alma, la rectitud de sentimientos podrán salvaros y salvarla.

El cardenal cesó de hablar, lanzó una de sus penetrantes miradas al infante, que bajó los ojos avergonzado, porque comprendia, despues de haber escuchado al prelado y de pensar en que algunos instantes habia sido demasiado débil para aceptar las ideas que le inculcaban sus parciales mentores, comprendia, repetimos, que no habia sido completamente leal, y entonces se hallaba dispuesto á cumplir los deberes que su conciencia le imponia.

— Gracias, señor cardenal, dijo á Cisneros, gracias por haberme recordado que el honor consiste en obedecer á los seres á quienes Dios elige para que le representen en la tierra. No olvidaré vuestro aviso.

El cardenal se separó del infante contento por haber conjurado, segun creia, los trastornos que amenazaban á Castilla, y el jóven quedó solo víc-

tima de las encontradas ideas con que los sucesos habian llenado su imaginacion de quince años.

En medio de aquel caos no se olvidaba de Ana. ¡Era tan hermosa, y por otra parte la mujer era una emocion tan nueva y tan dulcísima para su corazon apasionado!

Pensando en la maga, abandonó las tristes ideas que el cardenal le habia inspirado, pero bien pronto entró á turbar su delicioso ensueño su ayo Gonzalo Nuñez de Guzman.

Como hemos dicho, este noble señor, equivocado en sus creencias, pero incapaz de dirigir ó ayudar á una intriga, deseaba que D. Fernando fuese aclamado rey de Castilla, mas que nada por odio á los Flamencos, porque los habia visto llegar á España haciendo ostentacion de su codicia y porque habia sido testigo de sus excesos.

Guzman destruyó en el alma impresionable de D. Fernando el efecto que habian producido las palabras del cardenal, pero combatió los medios de que se valian para alucinarle los que como él no querian el bien de la patria sino su propio bien.

— Os separais de mí por momentos, le dijo, pierdo vuestra confianza, os olvidais de que he guiado vuestros primeros pasos en la vida, dejais mis cariñosos brazos y os echais confiado en los de los que solo quieren vuestro triunfo para recoger los beneficios que puede reportarle.

Esta reprimenda, por mas que fuese hecha con toda la circunspeccion debida, exasperó al infante.

— Bien está, dijo á su ayo, yo no abandonaré vuestra amistad, yo haré cuanto querais; pero dejadme en paz, no me hableis nunca de tronos ni de triunfos, no quiero nada mas que vivir

tranquilo. Obrad á vuestro antojo, y yo aprobaré lo que hagais, con tal de que nadie vuelva á pronunciar á mi lado esas frases que son mi eterna pesadilla. Desde hoy vos seréis mi cabeza, pensad por mí y yo ejecutaré vuestros pensamientos, pero dejadme vivir con el corazon.

Gonzalo Nuñez de Guzman comprendió, al escuchar las palabras del infante, que tenia razon y que mortificaban su alma arrebatándola los primeros goces de la juventud, y tanto por complacerle como por salvarle aceptó su proposicion. Cuando le dejó solo, el infante, aburrido y fatigado, llamó á Ramiro porque necesitaba hablar de Ana, y solo él, que era su confidente y que la conocia, podia satisfacer sus deseos.

Estaba enamorado de la maga, pero enamorado con toda la fuerza, con todo el entusiasmo de la primera pasion de un corazon templado en

el de su madre, y ya saben nuestros lectores que hayan leido *La pasion de una reina,* que Dª. Juana reasumia en su pasion á su esposo todo el fuego, toda la intensidad de las pasiones reunidas en una sola.

Al toque de Ánimas volvió á salir con Ramiro, dirigiéndose á la morada de Ana.

No estaba, habia salido, y esta contrariedad inesperada fué un nuevo cebo para el deseo del jóven.

— ¡ No me aguardaba ! se dijo... quizá otro...

Aquel pensamiento avivó su pasion, porque engendró en su alma los celos mas terribles, los que no pueden desahogarse porque no tienen ningun derecho sobre la persona que los motiva.

Al dia siguiente no quiso verla.

— Esta noche me esperará, se dijo, y sufrirá lo mismo que yo he sufrido.

El inocente jóven juzgaba por su corazon el de la cortesana, porque cortesana era la maga en cuestion, y preciso es descubrirlo de una vez, aquella hermosa mujer, á cuya casa asistian los mas ricos hidalgos, los mas poderosos señores seducidos por sus gracias, habia sido elegida por los conspiradores para que apoderándose de los sentidos del infante lo sometiese á su voluntad, voluntad comprada de antemano.

Si el jóven con su alma purísima hubiese podido adivinar que aquel rostro angelical, que aquella hermosura ocultaba un corazon de cieno, hubiera huido de ella horrorizado, y no teniendo en donde guarecerse, Dios sabe lo que hubiera hecho en un momento de desesperacion; pero su inexperiencia y sus deseos ponian una venda en

sus ojos, y no veia en Ana mas que un ser sobrenatural que tenia en suspenso su alma, que ocupaba toda su mente y que hacia latir su corazon ofreciéndole una felicidad que hasta entonces nunca habia gozado.

Su ayo Nuñez de Guzman despidió al paje, porque aunque no sabia de cierto lo que hacia por perder á su señor, sospechaba que mantenia trato con sus sobrinos los hijos de Ramiro Nuñez, y que les obedecia en todo y por todo, sabiendo al mismo tiempo que unos y otros eran capaces por realizar sus fines de ocasionar un cataclismo en el reino; pero aunque Nuñez de Guzman sostuvo con seriedad y energía que era preciso despojar de su oficio al paje, el infante se obstinó en que lo dejaran á su lado, y hubo que hacerle esta concesion para que á su vez transigiese en otras cuestiones de mayor importancia.

En la primera entrevista que D. Fernando volvió á tener con Ana acabó de embriagarse, por decirlo así, y no tardó en pedirla que mudase de habitacion y que viviese solo para él.

Un mes despues el infante no podia vivir sin ella, porque habia despertado sus pasiones y las habia satisfecho.

Ana era para él un nuevo mundo, y solo en él queria vivir, porque en él encontraba una felicidad sin límites de la que ya no podia desprenderse.

Si Ana le hubiera pedido la vida, se la hubiera dado.

En cuanto á ella, preciso es confesarlo, era una desgraciada mujer que habia apurado los goces materiales antes de experimentar el menor de los purísimos goces del alma.

Era una máquina, la habian propuesto una intriga, la habian ofrecido muchas joyas y muchos escudos si triunfaba, y habia aceptado segura de ganar; pero no contaba con que tenia corazon y con que su corazon necesitaba mas aun que sus sentidos.

La seguridad del triunfo la inspiró lástima, y el infante fué á sus ojos un ángel que debia convertir en hombre, pero la gustó tanto el ángel, oyó de sus labios un lenguaje tan nuevo, que quiso tardar en cambiarlo, en humanizarlo; jugó con fuego, y cuando quiso ser dueña de sí era ya tarde. Amaba al infante y le amaba con el primer amor de su alma. Cuando cediendo á la misma fascinacion que causaba fué suya, sintió algo nuevo, algo desconocido que la embelesaba, que la trasportaba á unas regiones donde nunca habia podido penetrar.

Desde entonces adoró á su amante y olvidó la mision que la habian confiado : el precio de su intriga era para ella una vergüenza... todo lo abandonó para entregarse á una vida distinta de la que hasta el momento de amar al infante habia hecho, se ocultó á los ojos de todos, se horrorizó de su pasado, y por ser pura y noble hubiera dado cuanto la hubieran pedido.

Los grandes señores, que la habian elegido para instrumento de sus planes, tuvieron que renunciar á su influencia, buscando otros caminos para llegar al mismo fin, y en vez de perseguirla la protegieron porque entretenia al infante, y les permitia obrar, seguros de que preocupado con su pasion, aceptaria cuanto hiciesen por él.

Los dos amantes pasaron algunos meses disfrutando de horas felices, de horas sin medida.

Un dia desapareció de pronto Ana. En vano la buscó D. Fernando; nadie sabia su paradero.

El primer instante de dolor fué terrible para el jóven: al dolor sucedió una profunda melancolía.

El cardenal de España le dijo:

— Respetad los designios de la Providencia, y olvidaos de esa mujer á quien habeis dado las primicias de vuestro amor.

El infante quiso saber dónde se hallaba.

El cardenal no le respondió.

Nuestros lectores la conocieron al principio de nuestra historia.

Ana era la mujer andrajosa que con una niña de pocos meses en los brazos imploró la caridad de

Carlos V cuando el monarca salia de Midelburgo para embarcarse y dirigirse á España.

Unos enmascarados penetraron en su morada, y apoderándose de ella y vendándola los ojos, la llevaron á un calabozo de la Inquisicion. De allí á poco tiempo la sacaron, tambien con los ojos vendados, y la condujeron á un puerto de Galicia, embarcándola allí con órden de no volver jamás á España si no queria morir en una mazmorra de la Inquisicion.

Desembarcó en un pueblo de la costa de Zelandia; allí dió á luz una niña, y en la mayor miseria continuó su camino sin saber á dónde.

Aquella niña era fruto de su amor, y el infante lo sabia; pero ella no podia descubrir á nadie aquel misterio, porque peligraba su cabeza, y necesitaba vivir para su hija y para el padre de su hija, á quien queria volver á ver.

Mas tarde volveremos á encontrarla: ahora, despues de haber referido el estado en que se hallaban los ánimos en Castilla, las fuerzas con que contaban los enemigos del heredero de la corona; despues de nuestra larga digresion, repetimos, volvamos nuestros ojos al instante en que, despues de haber sufrido la espantosa tormenta de que hablamos en el capítulo segundo, desembarcó en Tazones Carlos V, y puso el pié en sus dominios españoles en medio de los gritos de entusiasmo de las gentes que le acompañaban, entre las cuales venian por la primera vez á España algunos arcabuceros de Borgoña, entusiastas por su soberano y dispuestos á luchar por él hasta perder la vida.

No olviden nuestros lectores que esto acaecia á mediados de setiembre del año 1517.

CAPITULO VIII.

LA CASA DEL SEÑOR DE HEVIA.

Tazones era un trozo de costa que formaba un miserable lugarejo, solo porque habia en él cuatro ó seis chozas de pescadores.

No pudiendo permanecer en él Carlos V, decidió

encaminarse con los suyos á Villaviciosa, puerto muy inmediato á Tazones, y allí se reunió con el resto de su servidumbre que se habia librado del naufragio.

Allí encontró á su hermana Dª. Leonor, á su privado el señor de Chievres, á su canciller Juan Salvaje, y á otros varios cuyos nombres seria largo apuntar, y todos se hospedaron en la casa de los señores de Hevia, cuya nobleza los hacia pasar por la principal familia de Asturias.

Se aposentaron, como decimos, en su casa, despues de ser todos recibidos en Villaviciosa con las mayores muestras de entusiasmo, y juntos todos lo primero que hicieron fué dar gracias á Dios por haberlos librado de la muerte.

Los que vieron al salir de Midelburgo al príncipe D. Carlos, notaron en su rostro al hallarle en Villaviciosa un cambio que no se explicaban.

Estaba pensativo, ensimismado, sus grandes ojos se hallaban oscurecidos por una sombra de pesar. ¿Qué motivaba aquella visible alteracion del monarca?

Unos creian que la causaba la emocion de verse en sus dominios, en los dominios donde le esperaba el radiante trono de los Reyes Católicos.

Otros achacaban su alteracion al sobresalto que le habia ocasiondo la tempestad.

Otros, en fin, decian:

— Las pérdidas que se han experimentado durante el viaje, la tormenta que nos ha amenazado constantemente desde nuestra salida de Midelburgo y que ha estallado en alta mar sobre nuestras cabezas, echando á pique nuestras embarcaciones, son fatales augurios. Quizás el príncipe piensa como nosotros, y esto es lo que le mortifica.

Ninguno podia acertar la causa de su cambio; porque ni él mismo podia explicársela. Sin embargo, nuestros lectores no dejarán de conocerla con solo recordar la aparicion que habia tocado con sus manos en sueño.

— ¿ Era verdad ó soñaba? se preguntaba á cada instante sin poder responderse... Yo necesito volver á ver á esa mujer... su voz no se va de mi oido..... sus ojos están fijos en los mios, quiero tocarla... y no puedo, no la hallo...

Carlos, como su hermano y como su madre, tenia fuertes pasiones, hasta entonces apenas satisfechas.

El hombre que mas tarde debia dominar á la Europa, ó por lo menos atemorizarla, el corazon de hierro mas tarde era entonces de fuego, pero de un fuego comprimido, de un fuego que habia exis-

tido oculto, en el fondo de su alma, hasta puede decirse que bajo una capa de nieve.

¿Era que deseaba algo, y aquella aparicion era la forma de un deseo, la encarnacion de las necesidades de su espíritu, y por eso queria tenerla á su lado, verla, oirla, estrechar sus manos, besar sus labios como la habia visto, oido, estrechado y besado en su ensueño?

Ni él mismo lo sabia; pero la aparicion le preocupaba, y no pudiendo hallarla, estaba de un humor de los diablos.

El señor de Hevia, anciano ya, fué á recibirle al puerto y lo llevó á su casa.

Eran las cuatro de la tarde, cuando despues de haber recibido á todos los de su séquito, y á los nobles de Villaviciosa, y de haber comido á la mesa de su Anfitrion con su hermana, algunas de las

damas que le acompañaban y los principales seño res de su servidumbre, pidió el príncipe á los suyos que le dejasen solo, porque queria reposar para continuar al dia siguiente su marcha hácia San Vicente de la Barquera.

Todos le obedecieron, porque, como él, necesitaban descansar, y el señor de Hevia, que vivia solo porque sus hijos se hallaban en Castilla y estaba viudo, mandó en el mismo instante que se conservase y nadie volviese á usar la silla y la mesa que habia servido á su huésped para comer.

Otro episodio de entonces merece ser citado.

Carlos V pidió que le sirvieran sardinas, pescado que únicamente comian los pobres.

Los Asturianos al ver la preferencia que el monarca daba á las sardinas, las tuvieron desde aquel instante en gran aprecio, y fué en lo sucesivo uno

de los manjares mas predilectos y mas aristocráticos.

Pero esto no hace al caso en nuestra historia. Hemos dicho que Carlos quiso quedarse solo.

El señor de Hevia le guió al aposento que para su descanso le habia destinado, sus pajes le quitaron las armas, y el jóven príncipe mandó á la servidumbre de su cámara que por nada turbasen su sosiego, y recostándose sobre un lecho monumental, dejó correr libremente á su imaginacion, que por halagarle y complacerle repetia á sus ojos los rasgos de la aparicion, de la mujer que no habia querido decirle su nombre, ni el paraje donde podria encontrarla.

CAPITULO IX.

MARÍA.

La habitacion en donde reposaba Carlos tenia una ventana gótica que daba vistas á un jardin.

La luz estaba templada por unos vidrios de colores, y el interior presentaba un aspecto extraño, el

mas á propósito para las ideas que dominaban al que lo habitaba momentáneamente.

Queria Carlos reconciliar el sueño y no le era posible.

— ¿Dónde la podré hallar? se preguntaba á cada instante.

Sin dormir cerraba sus ojos para verla mejor, y á fuerza de cansancio cayó en una especie de letargo; á un tiempo soñaba y vivia, oia todos los murmullos que resonaban á su alrededor, y sin embargo estaba lejos, muy lejos de allí.

No habria trascurrido media hora cuando escuchó los acordes de un bandolin. Poco despues resonó una voz de un acento dulcísimo y melancólico; cualquiera hubiera dicho que era el alma de Macias la que cantaba, ¡tan tristes eran las endechas y con tanta tristeza las pronunciaban!

Al pronto abrió el monarca los ojos, y se incorporó en el lecho... pasó los índices por sus ojos como para cerciorarse de que estaba despierto, de que aquella voz y aquella música eran verdad, de que no le alucinaba una ilusion.

La voz continuó entonando las preciosas estancias que dejó escritas el desventurado Macias, y Carlos pudo comprender por su timbre y su dulzura que era la voz de una mujer. ¿Pero quién era aquella mujer que contra su voluntad le recordaba á su aparicion?

La falta de sueño animó su curiosidad, y levantándose se acercó á la ventana, porque desde ella percibia mejor la voz y las palabras que articulaba.

Un largo rato estuvo embelesado escuchando una música que caia como un bálsamo en su agitado

corazon, y cuando cesó de oirla, impulsado por una fuerza misteriosa llamó á uno de sus pajes.

— ¿Rugiero, le dijo, has oido hace poco una voz que cantaba?

— Hace un instante que ha callado, ¿no es verdad, señor?

— Sí... hace un instante... Averigua quién es esa mujer que ha cantado, y vuelve á referirme lo que sepas. Guarda el secreto de lo que te pido y cuenta con mi proteccion.

El paje salió y al cabo de algun tiempo volvió á la estancia del monarca.

— ¿Has sabido?...

— Señor, la mujer que ha cantado es una jóven huérfana que habita en esta casa.

— ¿La has visto?

— Es hermosísima : un escudero me ha contado su historia. Su padre murió en la toma de Granada : su madre quedó viuda con dos hijas, la que habeis escuchado y otra cuyo paradero nadie sabe. La madre se retiró á su casa solariega situada en el país, un incendio la destruyó hace seis años, y la única hija que vivia á su lado quedó huérfana y pobre. El señor de Hevia la recogió por lástima y vive en esta casa cuidando á su protector y endulzando las horas de su vejez con las lindas canciones que ha aprendido de los trovadores gallegos. Está siempre muy triste porque, segun me han dicho, es sumamente cariñosa y ha perdido á todas las personas que amaba. Perdió á su padre, á su madre, y no ha sabido nada de su hermana desde un dia en que cuando apenas contaba nueve años desapareció robada por unos gitanos, siendo inútiles cuantos esfuerzos habia hecho para encontrarla. Estas son las noticias que he podido adquirir.

— ¿Y su nombre?

— María.

— Bien está... silencio y dí á mi camarero mayor que venga inmediatamente.

El paje salió, Carlos se dirigió á la ventana y descubrió á una jóven que paseaba por el jardin acompañando al anciano señor de Hevia.

Al verla dió dos pasos hácia atrás, quedándose estupefacto.

— ¡Es ella! exclamó...

— ¿Quién, señor? preguntó el camarero mayor Guillermo de Croy, señor de Chievres.

— ¡Ah! eres tú! dijo el rey serenándose... Escucha... ¿ves esa jóven que pasea por el jardin con el dueño de la casa en que estamos?

— Sí... es toda una belleza.

— Pues bien... mañana de madrugada partiremos, y necesito volver á verla en Valladolid.

— Comprendo... y seréis obedecido, dijo Guillermo con una sonrisa cínica que jamás se separaba de sus labios.

Pasaron algunas horas; entró la noche, el príncipe durmió, y al dia siguiente de madrugada salió de Villaviciosa con su hermana y su comitiva, dirigiéndose á San Vicente de la Barquera.

— ¿Se cumplirán mis deseos? preguntó antes de partir á Chievres.

— Señor, dijo el camarero mayor, vuestros deseos son órdenes. La veréis en Valladolid : de ello respondo con mi cabeza.

El rey partió, embarcándose por no poder ir por tierra á San Vicente, y desde allí envió sus navíos á Santander.

CAPITULO X.

MUERTE DEL CARDENAL CISNEROS.

De buena gana hubiera visitado el rey las reliquias de Oviedo, pero la peste diezmaba á los habitantes de la ciudad, y todos le aconsejaron que pasase adelante sin detenerse en la capital de Asturias.

Llegó pues á San Vicente de la Barquera, y allí se detuvo algunos dias á pesar del deseo que le aguijoneaba, deseo que era llegar cuanto antes á Valladolid.

Ya dijimos en uno de los anteriores capítulos que habia dirigido una carta al cardenal y al dean de Lovaina, entonces ya obispo de Tortosa, mandándole que separase al infante de los nobles que le servian. Esta medida, ejecutada fielmente por el cardenal, apenas causó impresion en el infante, porque continuaba preocupado con la desaparicion de Ana, habia sabido que se hallaba en Alemania y deseaba con cualquier pretexto ir á visitar á su abuelo paterno, mas que para nada para buscarla, porque en vez de olvidarla sentia que cada dia se arraigaba mas y mas en su alma la pasion que la profesaba.

Gonzalo Nuñez de Guzman, sus sobrinos y los

otros nobles señores destinados al servicio del infante vieron todos sus planes abortados al ser despedidos sin apelacion, y cortada de este modo la cabeza de la conjuracion, quedaron los demás miembros exánimes, y Castilla tuvo que alegrarse mal de su grado en cierto modo al saber la llegada oficial de Carlos, entonces todavía *primero* de España, noticia que el mismo rey comunicó á todos los grandes y á todas las ciudades, con cuyo motivo se celebraron fiestas muy lucidas en las que la plebe principalmente mostró el contento que sentia al ver que al fin iba á tener un monarca que extinguiria las luchas parciales que la mortificaban á todas horas.

El cardenal, satisfecho de la entereza que habia usado para con los servidores del infante, complaciéndole al mismo tiempo le envió á Flandes, y esperó en el monasterio de Aguilera el instante

de poner en las manos de Carlos las riendas del gobierno que en las suyas habian sujetado la ambicion y el desenfreno de los nobles y consolidado la política tan sabiamente iniciada por los reyes Fernando é Isabel.

Los Flamencos, que conocian su carácter y la influencia que podia tener en las determinaciones que tomase el monarca, tenian un decidido empeño en que no se viesen. Particularmente los que le habian acompañado desde Flandes, temian que por su mediacion los despidiera el rey y querian conservar sus oficios á toda costa.

Con este fin hablaban al soberano todo lo mal que podian del cardenal, y tenian al lado del prelado, para que le asistiese en su enfermedad, un médico amigo que les participaba dia por dia los progresos de la dolencia que llevaba poco á poco al sepulcro al gran Ximenez de Cisneros.

Carlos tenia oculta en su corazon la ambicion que, gracias á su energía, debia mas tarde encumbrarle á la altura de los Césares.

Por otra parte la mujer de sus sueños, que habia visto personificada en la huérfana protegida por el señor de Hevia al aparecérsele, le habia prometido que reuniria bajo un solo cetro los países mas ricos y mas poderosos de la tierra, que su imperio seria tan célebre como el de Alejandro, que dominaria las sediciones y pondria freno á la soberbia; y estas palabras, en las que creia, porque halagaban su orgullo de soberano y porque ella las habia pronunciado, le hacian amalgamar la idea de su soberanía con la de su pasion.

Al hollar el territorio español, nuevo y bello á sus ojos, comprendió su grandeza, su poderío, y se desarrolló en él la energía que en lo sucesivo caracterizó los actos de su vida.

— El cardenal, que ha estado al frente del gobierno desde la muerte de vuestro abuelo, le dijo su camarero mayor, siente vuestra venida, porque le arrebata toda su preponderancia; y si le veis, lo que vuestros amigos queremos evitar á toda costa, llegará á dominaros como á todas las personas que le rodean. Todos los nobles que me han hablado de él le creen partidario de vuestro hermano, y si no le protege, porque eso seria faltar á vuestra autoridad, y es demasiado hipócrita para cometer este desafuero, al menos os exigirá en premio de su forzada lealtad una obediencia ciega, y esto no conviene ni á vuestra dignidad ni al nombre augusto que habeis heredado de vuestros padres.

— No será, vive Dios, como tú dices, exclamó el príncipe. Vendrá á Mojados con el Consejo, y despues de enterarme del estado de los asuntos,

le mandaré pasar el resto de sus dias en un convento; y para que comprendas que está bien meditada mi determinacion, siéntate y escribe una carta para él.

Guillermo de Croy obedeció, y en aquel instante pagó Carlos al hombre que con su vigorosa lealtad le habia conservado su reino, le habia aplacado, echando en él los cimientos de la soberanía, le pagó, decimos, con una ingratitud de las mas negras que refiera la historia en sus interesantes páginas.

El cardenal estaba muy enfermo, sentia agudos dolores, y corrian rumores de que su enfermedad era la consecuencia de un veneno que los Flamencos le habian dado.

Hasta decian que el veneno lo habia tomado en una trucha que le habian servido; pero estas

voces, generalizadas entre el vulgo, no pasaban de ser una vulgaridad.

Estaba enfermo, porque los años, la conquista de Oran y los graves disgustos que la Regencia le habia ocasionado le habian herido de muerte; pero la carta del príncipe que recibió cuando se hallaba en Roa, fué el mayor de los dolores de su vida.

¡Tantos años de servicios, de abnegacion, de lealtad, pagados con un desprecio tan profundo como el que le manifestaba el príncipe! Aquel golpe para un hombre como Cisneros, en los ochenta años de su vida, aceleró su enfermedad y le ocasionó la muerte.

Partió el rey desde San Vicente de la Barquera á Aguilar del Campo; de allí fué á Vecerril, donde salió á recibirle el condestable de Castilla D. Iñigo

Fernandez de Velasco, luego á Palencia, y se detuvo en Tordesillas para visitar á su madre, que deseaba verle y abrazar á su hija Leonor.

¡ Pobre reina !

Todo su amor, toda su grandeza, el importante papel que estaba llamada á desempeñar, todo su orgullo y su belleza estaban sepultados en un convento.

La llamaban reina, pero añadian que estaba *loca*, y víctima primero del desamor de su esposo, y despues de las intrigas de los palaciegos, vivia sepultada en una celda como la mas oscura de las esposas de Jesucristo.

Deseaba ver á sus hijos, porque hacia muchos años que no los estrechaba contra su corazon, y las desgracias no habian podido extinguir en su alma el sentimiento maternal.

Terminada la visita partió el monarca con su comitiva para Valladolid, y á su paso le saludaban las poblaciones con las mayores muestras de regocijo.

Poco tiempo despues de su llegada á la capital de Castilla murió en Roa Ximenez de Cisneros, y su pérdida, poco sentida por el rey y los nobles, llorada por la plebe, fué mayor para Carlos que para España; porque el rey, mozo aun y en poder de los Flamencos, ávidos de saquear el país que pisaban á la sombra de su señor, necesitaba los consejos y la experiencia de un hombre tan sabio, tan enérgico y tan probo como el cardenal de España.

Sus restos mortales fueron conducidos á la Universidad de Alcalá de Henares, fundada por él, y hoy todavía se conservan en un sepulcro monu-

mental sobre el que se ve acostada su estatua con los hábitos de arzobispo.

Sigamos ahora al rey en su entrada triunfal en Valladolid.

CAPITULO XI.

EL SEÑOR DE CHIEVRES.

Antes de pasar adelante, permítanmos nuestros lectores una nueva digresion para darles á conocer al camarero mayor de Carlos I, anteriormente su ayo, el señor de Chievres, porque dominándole

por completo, tuvo gran influencia en todos los acontecimientos de su vida.

Guillermo de Croy, señor de Chievres, contaba entre sus ascendientes á los reyes de Hungría.

Estéban de Hungría, hijo tercero de Bela, á quien Coloman, rey de Hungría, su tio, mandó sacar los ojos, pasó á Francia reinando en ella Luis el mozo, en 1173. De este regio vástago nació, veinte generaciones despues, Guillermo de Croy, y casó con María Magdalena de Hamal, separándose de ella porque no le dió descendencia.

Desde la juventud, ambicioso de poderío, logró captarse la voluntad del emperador Maximiliano, proporcionándole con su ingenio recursos para llevar á cabo las guerras que emprendia.

Cuando el rey D. Felipe se trasladó á España con su esposa la reina Dª. Juana para encargarse

del gobierno del reino, le nombró gobernador de Flandes.

Mas tarde perdió la gracia del emperador, y como deseaba entrar al servicio de su nieto, dió ocho mil ducados al príncipe de Ximay porque le cediese el oficio de ayo de Carlos I que desempeñaba.

Una vez en palacio, sometió á su capricho la voluntad de su educando, se puso en pugna con la princesa Margarita, alcanzó que el hijo primogénito de D. Felipe y Dª. Juana entrase en posesion de sus Estados de Flandes, y halagándole cuanto podia, llegó á dominarle de tal manera, que Carlos no hacia nada ni pensaba nada sin consultarlo con él.

Su sed de oro y de mando no se saciaba, y habiendo sido el árbitro de los destinos de Flan-

des, queria representar el mismo papel en España.

Cuando Carlos llegó á sus dominios españoles, ya estaba su camarero mayor entrado en años, lo que no le impedia hacer una vida de las mas licenciosas : muchas veces habia querido arrastrar por la misma senda á su señor, pero como aun era jóven y se habia criado enfermizo, tenia miedo, esperaba un momento oportuno, y su alegría fué inmensa cuando él mismo le manifestó un deseo que comprendia y aprobaba, porque de este modo, siendo confidente de las debilidades del monarca, aumentaria su prestigio y su influencia.

Contento, como decimos, se apresuró á complacer la primera pasion que habia visto brotar en el alma del jóven, y tomó sus medidas para cumplir la palabra que le habia dado.

Hé aquí los medios de que se valió para lograr sus fines.

Inmediatamente despues de saber los deseos de su educando, pensó el partido que deberia tomar para apoderarse de grado ó fuerza de la jóven.

Averiguó quién era, y supo con todos sus detalles la historia que Rugiero, el paje del rey, habia contado á su amo.

El señor de Hevia, anciano ya, separado de sus hijos, viudo hacia muchos años, habia reconcentrado en María su cariño y sentia hácia ella un afecto paternal.

La jóven por su parte le amaba como una hija á su padre, cantaba como un ruiseñor, y endulzaba las horas de viudez de su protector.

No conocia la ambicion, acostumbrada á la des-

gracia era feliz al lado del anciano, aunque habia soñado muchas veces en otra vida llena de encantos, vida que la revelaba su apasionado corazon.

Pero, como el pájaro en la jaula, cantaba para desahogarse, y esperaba tranquilo el momento de su libertad sin saber cuándo ni tan siquiera si llegaria.

Todas estas circunstancias eran obstáculos de suma consideracion, para decidirla voluntariamente á abandonar su pacífico albergue.

Sin embargo Chievres habia prometido al rey que volveria á verla en Valladolid, y necesitaba cumplir su promesa, aunque para cumplirla tuviese que emplear la fuerza ó la perfidia.

No quiso valerse de nadie, y acercándose á la jóven al mismo tiempo que se encaminaba á la capilla de la casa al toque de oraciones:

— Señora, dispensadme si os suplico que me concedais una entrevista, la dijo, una casualidad me ha hecho saber el paradero de vuestra hermana y deseo hablaros de ella.

María se sorprendió.

— No os conozco, caballero.

— Soy el señor de Chievres, camarero mayor de S. M.

— Y decís...

— Que si deseais volver á ver á vuestra hermana, yo puedo conduciros á su presencia.

— Por volverla á estrechar en mis brazos daria la vida.

— ¿Cuándo podré volver á veros?

— Esta noche á las Ánimas.

Chievres no faltó á la cita, la alucinó, encargó á una de las damas de la comitiva que la acompañase hasta Valladolid, dándolas la servidumbre necesaria.

De tal modo logró convencerla, que olvidada de la gratitud que debia al señor de Hevia, ó mejor dicho alucinada, consintió en seguir las instrucciones de Chievres. Al dia siguiente salió poco despues que el monarca, dejando un pliego á su protector en el que le pedia que la perdonase y le prometia volver despues de haber abrazado á su hermana.

Chievres debia volver á encontrarla en Valladolid. Combinado su plan, y seguro de que todas sus órdenes serian cumplidas, fué á dar cuenta de todo lo sucedido al rey, y le halló mas preocupado de lo que le convenia en los asuntos del Estado.

— ¿No os entusiasman las noticias que os doy? le preguntó.

— Sí... pero tambien domina en mi alma otro sentimiento, el de la gloria.

— Ved que María es hermosa, no hay dos como ella en toda Castilla.

— ¿Qué te ha dicho al saber que deseaba verla en Valladolid?

— Me ha dicho que seria vuestra esclava.

— Bien está... no vuelvas á hablarme de ella hasta que entremos en Valladolid.

Guillermo comprendió que era preciso incitarle aun mas, para que cediendo á la pasion que le inspiraba María, le dejase en mayor libertad para obrar.

— Yo haré que le domine esa mujer, dijo... y

desde entonces procuró excitar en el corazon de su jóven pupilo los terribles deseos que en la adolescencia, si no se satisfacen, llevan hasta al sepulcro.

Asistamos ahora á la entrada triunfal en Valladolid del nieto de los Reyes Católicos.

CAPITULO XII.

EL REY Y EL HOMBRE.

Antes de llegar á Valladolid se detuvo Carlos en Mojados, y permaneció despues en el monasterio de Abrojos, habitado por frailes descalzos, en las riberas del Duero, mientras que se preparaban en

Valladolid las fiestas concertadas en su loor para recibirle con todos los honores debidos á su calidad de soberano.

El 18 de octubre fué el dia señalado para la entrada triunfal del monarca.

Salieron á su encuentro muchos grandes y caballeros castellanos, la Iglesia, la Universidad, la Chancillería y el Consejo. Tambien salieron á recibirle el condestable de Castilla, el duque de Alba, el marqués de Villena, el conde de Benavente, los duques de Arcos y de Segorbe y muchos obispos y prelados.

Entre todos los jinetes hubo mas de seis mil, y en su mayor parte iban vestidos con telas de oro y plata.

El rey se presentó vestido de brocado con mucha pedrería, y en la gorra llevaba un diamante de inestimable precio.

Montaba un brioso caballo español, y su aspecto, su aire arrogante, agradó mucho á los Castellanos.

El estoque del rey lo llevaba el conde de Oropesa.

Detrás y junto al palio iban la infanta Dª. Leonor seguida de sus damas, el dean de Lovaina con el capelo que no hacia mucho le habian dado, y un numeroso séquito en su mayor parte formado por los Flamencos que constituian su servidumbre.

El rey y su comitiva se apearon en la Corredera de San Pablo, en las casas de D. Bernardino Pimentel, que primero habian sido del marqués de Astorga.

Al dia siguiente hubo juego de cañas en la plaza mayor.

Los caballeros vallisoletanos vistieron albornoces de damasco blanco y marlotas amarillas. Los con-

trarios llevaban albornoz de color de naranja, marlota de terciopelo verde y leonado, y en la manga derecha una banda encarnada. Tambien se presentó á jugar otra cuadrilla de caballeros con albornoces de damasco azul y marlotas de terciopelo del mismo color.

Todos entraron en la plaza, dieron por ella dos vueltas, y picaron y mataron un toro.

Como entre todos los caballeros en plaza habia mas de ciento, y no era posible que cada uno matase un toro, dispuso el rey que se colocaran en fila formando círculo, y que ninguno lancease al toro mientras que no se viese atacado por él.

Este espectáculo agradó con extremo á las damas que lo presenciaban, y mas aun á los caballeros lanceadores, que pudieron hacer alarde de su destreza y de su valentía.

Despues se dividieron las cuadrillas y jugaron cañas.

La diversion duró hasta muy entrada la noche, y nobles y plebeyos vitorearon á su nuevo monarca, quien, ebrio de alegría y de entusiasmo, se dejó acariciar por aquella muchedumbre, que veia en él, harto confiada, una esperanza de paz y de esplendor.

Por entonces escribió el Dr. Agustin de Tejada este soneto en su loor, y al copiarlo creemos agradar á nuestros lectores.

A la gloriosa espada fulminante
Del magno Augusto Carlos, Marte ardiente,
Su blason postrará el Francés valiente,
Y el Turco humillará su albo turbante;
Invicto le verá, siempre triunfante
La tierra del Ocaso; al rojo Oriente
Rota el padre del mar verá su frente
Con sus fuertes columnas de diamante.

Mas cubierta estaria del olvido
Fama tan justamente celebrada,
Y España sin la luz de su memoria
Si el pueblo todo afecto, agradecido
A tu amor santo, á tu valiente espada,
No proclamase férvido tu gloria.

. . . .

Cuando Carlos se retiró á su morada, quedó solo con Chievres en su habitacion.

— Y bien, señor... le dijo... ¿no os acordais de la jóven cantora que vísteis en Villaviciosa en casa de vuestro fiel vasallo el señor de Hevia?

— Sí... la recuerdo... ¿está en Valladolid?

— ¿No la habeis visto entre las damas de la servidumbre de vuestra augusta hermana?

— La gloria me ha ofuscado. ¿Sabes lo que es un triunfo?

— Como el que os han tributado los Castella-

nos, no; pero yo tambien sé lo que es triunfar...

— Mira, Guillermo... tú eres quizás el único amigo leal que tengo en el mundo: el afecto que te profeso es grande, y la confianza que tengo en tí mayor aun. Quiero hablarte, quiero decirte todos los pensamientos que han ocupado mi mente desde que abandonamos á Gante; mi alma necesita expansion, porque son tantas las emociones que he experimentado y que se mantienen vivas en ella, que me ahogan.

— Gracias, señor, dijo Guillermo cogiendo su mano y besándola con una veneracion hipócrita, veo que aun sois el mismo, cuando habia empezado á creer que os separábais de mí. Nadie os ama como yo, porque además de la gratitud que os debo, os he visto muy niño, he educado vuestro corazon, y puedo captarme de ser vuestro segundo

padre, porque los maestros, señor, lo son... hablad... hablad con confianza... si es precisa mi vida para satisfacer el mas insignificante de vuestros deseos, indicádmelo y moriré.

Carlos se animó al escuchar estas palabras, cuya perfidia no conocia, y cogiendo la mano de Guillermo y estrechándola con efusion continuó :

— Mira, Guillermo, yo no soy el mismo que era. Siento un cambio total en mi alma, ó por mejor decir, empiezo á comprenderla; hasta ahora no sabia lo que era vivir. ¿Te acuerdas la travesía que hemos hecho? La tempestad ha destrozado nuestras naves, el rayo ha destruido por completo una embarcacion, y durante muchas horas el peligro ha estado á nuestro lado amenazándonos con una espantosa muerte. Pues bien, en los instantes mas críticos, desafiando los furores de la tormenta, mandé arriar velas y me eché, confiando en el

destino, sobre la cubierta de mi embarcacion. Desde entonces no sé lo que pasó por mí... oia los silbidos del viento, el estruendo del trueno, veia el resplandor del rayo, y sin embargo mis ojos estaban cerrados y me creia habitar en otros mundos, en otras regiones... De pronto al fulgor de un relámpago ví que estaba á mi lado una mujer hermosa, una mujer... parecida á María, si es que no era ella misma... sus manos se juntaron con las mias, y al estrecharlas yo sentí correr por todo mi cuerpo un frio glacial, algo que me agradaba, que me hacia gozar. Yo que nunca habia pensado en la mujer, la comprendí instantáneamente ó mas bien la adiviné. Me dijo... ¡ah! si tú supieras lo que me dijo, la hubieras adorado como yo entonces... Tocó todas las fibras de mi corazon... Me habló de mi destino, de la gloria, del poderío que alcanzaria mi trono, y al suplicarla que me revelase su nombre, que no me abandonase: «No lo

quieras saber, me dijo, ni desees amarme, porque te esclavizaré á mí; no tendrás padres, hijos, esposa, mi sola voluntad te arrancará de su lado... » Al partir sentí sus labios junto á los mios, y al pedirla de nuevo que me revelase su nombre desapareció. Despues no he cesado de pensar en ella con amor unas veces, con un secreto terror otras. Seré grande siguiendo sus huellas, siendo su esclavo; la felicidad que me ofrezca la conquistaré á costa de inmensos sacrificios, no podré hallarla mas que en los peligros... ¿Qué debo hacer, Guillermo, seguirla ú olvidarla?

— Señor, ¿no conoceis que todo eso fué una pesadilla, que esa mujer fué una creacion del delirio, de la fiebre que el peligro hacia arder en vuestras venas?

— No... no, Guillermo... yo la ví... yo estreché sus manos... yo sentí introducirse su calor en mi

cuerpo, y he vuelto á verla, porque esa jóven que hemos hallado en el puerto de salvacion es ella.

— Y sin embargo la habeis olvidado... os es ya indiferente.

— No lo creas... es que la temo. Los honores, el entusiasmo con que mi pueblo me ha recibido han llenado mi imaginacion, el esplendor de cuanto me rodea, me embriaga, y conozco que todo lo abandonaria, mi brillante porvenir, mi corona, por esa mujer. El deseo me la pinta aun mas fascinadora de lo que es, pero la razon me presenta los peligros de su hermosura, y mi alma sostiene un terrible combate que no me deja sosegar un instante.

— ¿Teneis confianza en mí?

— Acabo de probártelo.

— ¿ Seguiríais mi consejo ?

— Le seguiria porque creo en tu experiencia.

— Pues bien, olvidaos de la vision y pensad solo en que María os ha agradado.

— Y suponiendo que así fuera...

— Suponiéndolo seria la cosa mas natural del mundo. Hallais á una mujer que os gusta, sois rey, sois poderoso, vuestra voluntad es ley y la mujer amada debe obedecerla como todos.

— ¿ Pero en ese caso ?...

— En ese caso, señor, puesto que yo la he hecho venir á Valladolid y podeis verla cuando gusteis, visitadla, pintadla vuestro amor, emplead con ella algunas horas y despues...

— ¿ Despues ?

— Acordaos de que reinais, y cuando os canseis de amarla devolvedla á Villaviciosa.

— Pero podré dejarla...

— ¿Vos?... antes de un mes.

— No me será posible.

— Yo he dejado á mi esposa.

— ¿Y si me subyuga?

— Estaré á vuestro lado y os libertaré.

— Con que dices...

— Digo que los sueños son imágenes de los deseos, y que una vez que el vuestro se ha realizado, debeis aprovecharos de él dominándole.

— ¿Y los negocios?...

— Los negocios no os deben inquietar. Confiad en mi celo.

— Bien está... ¿ pero para ver á María ?...

— No tendréis que molestaros : ella misma vendrá á palacio.

— ¿Vendrá ?

— Vendrá á pediros que la lleveis al lado de su hermana.

— ¿ De su hermana ?

— Sí.

— Mas ¿ cómo hacer ?

— Vos la diréis que cumpliréis sus deseos si ella á su vez os paga el amor que su vista os ha causado : despues yo os sacaré del laberinto en que os metais. Confiad en mí.

Carlos, acostumbrado á obedecer á su ayo, entonces su camarero mayor, se limitó á responderle que haria cuanto le indicase; y sin olvidar los negocios de la nacion, que le interesaban en alto grado, esperó el resultado de su primera entrevista con María, todavía temeroso, pero mas confiado que nunca en triunfar de su pasion ó mas bien de su capricho, porque aunque él no comprendiese lo que era el sentimiento que experimentaba, no por eso debemos dejar de definirle.

Guillermo de Croy tomó sus medidas, y aquella noche pudo Carlos oir el dulce acento de María.

Antes de bosquejar la escena en que por la primera vez de su vida habló el monarca con su vasalla, veamos cómo esta llegó á Valladolid, y cuáles eran los pensamientos que la dominaban.

CAPITULO XIII.

UNA MISION DOLOROSA.

María, como han visto nuestros lectores, era huérfana y vivia en el seno de una familia que no era la suya.

Su hermana habia sido robada por unos gitanos

cuando aun era muy niña, y desde entonces la pobre madre, llorando sin cesar la pérdida de su hija mayor, se habia consagrado al cuidado de María, ángel que endulzaba las horas de su angustiada vida.

Pero aunque las caricias de María mitigaban el dolor de su madre, no eran bastante para curarle, porque la pobre mujer tenia una herida muy profunda en su corazon.

La historia seria muy larga de contar; pero, aunque no con todos sus detalles, referiremos algunos antecedentes de María.

La situacion en que se hallaba en medio de la corte del jóven rey de España debe haber interesado á nuestros lectores, y para que asistan á su porvenir, bueno será que descorramos ante sus ojos el velo de su pasado.

Ana y María eran hijas naturales : su madre habia pasado los primeros años de su juventud en Salamanca, donde á la sazon y entre los infinitos estudiantes que acudian de todas partes de España á aquella célebre Universidad, fundada en el siglo XIII por el rey de Leon Alfonso IX para rivalizar con Alfonso VIII de Castilla, que fundó en 1200 la de Palencia, se hallaba un jóven natural de Burgos que, habiendo visto á la madre de las dos hermanas, entonces de diez y nueve años de edad, quedó prendado de ella.

Pero Beatriz, que este era su nombre, estaba prometida á un jóven capitan de arqueros : sus padres la obligaban á escoger entre el claustro ó la union que la ofrecian, y aunque muy enamorada del estudiante Zumel, tuvo que renunciar á su pasion y se enlazó con el capitan en la misma ciudad de Salamanca á principios del año 1490.

La bendicion del sacerdote no debió ser para ella la bendicion del Cielo, porque, á partir del dia de su boda, por una parte la falta de su amor para pagar al esposo que le habian destinado sus padres el mucho que la profesaba, y por otra la cresciente pasion que sentia hácia Zumel la sumieron en una serie de disgustos que la pusieron á pique de perder la vida.

Su esposo partió á Italia á mediados del año 1491, y no volvió hasta fines del siguiente, partiendo en seguida con las huestes de los Reyes Católicos á clavar el estandarte santo en las murallas de la arabesca Granada.

Mientras permaneció en Italia, quedó su esposa en Salamanca, y una funesta casualidad volvió á poner en su camino al estudiante Zumel, que no habia cesado de amarla, pero que respetando la posicion en que la jóven se encontraba, habia

huido de ella, temeroso de no poder contener á su vista la ardiente pasion que llenaba su alma.

Los dos bajaron los ojos al hallarse; pero Zumel, contra su voluntad, impulsado por una fuerza superior, la siguió, quedándose parado como petrificado al pié de la reja de la casa que habitaba Beatriz.

Vino á sacarle de su abstraccion un papel que cayó junto á él.

« Te espero á media noche. » Este era el contenido de aquel pliego, hijo de una lucha terrible entre el amor y el deber, y al verlo el jóven, olvidándose de las promesas que se habia hecho, decidió acudir á la cita y dar rienda suelta á su comprimida pasion.

La entrevista de los dos amantes fué una serie de reconvenciones, de llantos, de quejas, de pro-

testas de adoracion. Hasta el amanecer no se separaron, y al despedirse... al despedirse Beatriz pensó en su esposo, y en su rostro se leia la vergüenza que la inspiraba la debilidad que la habia echado en los brazos de su amante.

Sin embargo, el amor los embriagó hasta el punto de hacerles olvidar por completo sus deberes, y Beatriz confesó á Zumel que sentia en sus entrañas el fruto de su amor.

Salió de Salamanca, retirándose á un lugarejo pequeño habitado en su mayor parte por gitanos, y confió el cuidado de una hija que dió á luz en él á una pobre mujer.

Cuando volvió su esposo, tornó Beatriz á Salamanca, y apenas permanecieron juntos quince dias.

Durante este tiempo, ella, mas cariñosa que

nunca, pudo disimular á los ojos de su esposo la vergonzosa falta que habia cometido; y como no tardó en separarse de él, apasionada mas que nunca del padre de su hija, corrió á su encuentro, y juntos fueron al lugarejo donde habitaba Ana, el primer fruto de su criminal adoracion.

Allí supo Beatriz la muerte de su esposo, y allí se separó de Zumel, á quien su anciano padre en los últimos momentos de su vida quiso tener á su lado.

Poco tiempo despues vió nacer otra niña Beatriz: era María.

Vivió con las dos, hasta que, llegando á su noticia la de la muerte de su amante, y creyéndose la mujer mas desgraciada de la tierra, decidió volver á Asturias, donde sus padres la habian dejado una casa y algunos recursos para vivir desahogadamente.

Como saben nuestros lectores, desapareció su hija mayor.

Unos gitanos del lugarejo donde las dos hermanas habian nacido, conociendo la historia de su nacimiento y esperando algun dia sacar partido del rapto de la niña, espiaron una ocasion, se aprovecharon de ella y se la llevaron.

Desgraciadamente Beatriz no volvió á verla, y Ana, muy niña todavía, se olvidó de su madre y de su hermana, y á través de diversas situaciones llegó hasta enamorarse del infante D. Fernando, y despues hasta Flandes, desde donde tornó á España, como no tardarán en ver nuestros lectores.

El año 1510, cuando María cumplia quince años, un incendio consumió la casa de su madre, pereciendo ella al mismo tiempo, y dejando á su hija

huérfana y desamparada; pero antes de esta catástrofe supo que aun existia Zumel, que habia hecho llegar hasta su oido la noticia de su muerte, porque arrepentido y teniendo que unirse á otra mujer, no queria volver á ver á la mujer que le recordaba faltas de las que nunca creia poder alcanzar el perdon. Un presentimiento la anunció su próxima muerte, y deseando depositar en su hija el secreto que martirizaba su corazon, la refirió su historia, encargándola que si moria procurase buscar á su hermana y á su padre para decir á la primera cuanto sabia, llevándola la bendicion de su pobre madre, y al segundo que le habia perdonado y que habia pedido al Cielo muchas veces por su felicidad.

Para conocer á su hermana le serviria media cadena de una labor extraña que puso á su cuello. La otra media debia conservarla Ana, si sus rap-

tores no la habian arrebatado de su cuello para satisfacer su codicia.

Lo demás ya lo saben nuestros lectores. ¿Comprenderán ahora porqué al ofrecerla Guillermo de Croy una entrevista con su hermana, escuchó los consejos de Chievres y siguió á la régia comitiva, abandonando á su bienhechor, al ser que mas cariño la profesaba, á su padre adoptivo?

Desde la muerte de su madre el único deseo de su vida, ó por lo menos el mayor, era hallar á su hermana, repetirla las palabras de Beatriz, juntas buscar al autor de sus dias. Conseguido esto, despues podia el Señor disponer de su existencia. — Dios mio, exclamaba, que yo abrace á mi hermana y á mi madre... y no habrá sacrificio que no arrostre para alcanzar una dicha tan inmensa.

Siguió á la corte entusiasmada, y el entusiasmo daba mayores atractivos á su rostro de ángel.

En lo mas íntimo de su alma bendecia al jóven rey, porque, segun Guillermo la habia dicho, á él deberia encontrar á su hermana.

Sin embargo, al mismo tiempo que tenia fijo su pensamiento en la alegría que iban á proporcionarla los brazos de su hermana, acaso el beso de su padre, la nueva vida con que vivió desde que abandonó las solitarias y tristes paredes de la casa de Hevia, los cuadros que el paisaje desarrollaba ante sus ojos, los triunfos que el monarca conseguia al entrar en las ciudades, los gritos y los vivas de la multitud que corria á saludarle ebria de gozo, las músicas y los festines, los torneos y los juegos de cañas, todo el nuevo espectáculo á que asistia por la primera vez ocupó su imaginacion de tal manera, que muchas veces

permanecia gran espacio de tiempo pensativa, ensimismada, recordando los confusos rumores de las fiestas, los encantos de la música, la gloria que alcanzaban los caballeros en plazas, las miradas apasionadas que cambiaban algunos con las damas que contemplaban su arrojo y su apostura, y entonces una profunda é incomprensible melancolía se apoderaba de su corazon y exclamaba para sí :

— ¿Porqué la suerte me habrá negado la dicha de vivir como todas esas mujeres?...

A pesar de esto, la dominaba el deseo de ver á su hermana, el hablar con ella de sus desgracias, de sus esperanzas, y aguardaba impaciente el momento de asistir á la audiencia del rey, porque el señor de Chievres la habia dicho :

— El monarca se interesa por vos, señora, quiere

saber vuestros pesares y consolaros. Él mismo os conducirá á los brazos de vuestra hermana.

— ¿Cuándo? preguntaba la jóven á Guillermo en todas las ocasiones en que podia dirigirle la palabra.

— Un poco de paciencia, decia el astuto camarero mayor del rey... antes que un vasallo son todos los vasallos, y el monarca recien llegado á sus dominios tiene que pensar antes en la gloria, en el brillo de su nacion, que en la felicidad de una mujer hasta ahora desgraciada.

María creia las palabras de Chievres y esperaba.

Un dia fué Guillermo á su encuentro.

— ¿No deseábais ver al rey? la preguntó.

— Sí, lo deseo con impaciencia.

— Pues bien, hoy mismo le veréis.

— ¡Hoy!

— Sí; esta noche vendré á buscaros, é iremos juntos á su régia morada.

— ¡Cuánto os debo, señor!

— A mí nada, á él todo... se interesa tanto por vos.

— Es tan bueno.

— Aun es un niño, señora, pero su alma es la de un hombre apasionado. Él mismo no se explica el sentimiento que llena su corazon; pero yo, que le conozco, lo he adivinado y me consta que piensa mucho en vos.

— En mí, señor... en una pobre huérfana...

— Su alma generosa busca la desgracia para favorecerla.

— ¿Y creeis?...

— Creo que el rey os ama...

— Señor...

— No lo dudeis... no habla mas que de vos, y os antepone á los negocios del Estado, á todo...

María bajó los ojos ruborizada, pero notando que las palabras de Guillermo eran una música mas dulce para su oido que las que habia escuchado en las fiestas y en las ovaciones que habian comenzado á enloquecer su razon.

— ¿No decís nada?... preguntó maliciosamente Chievres á María... ¿Os pesa que vuestro soberano haya fijado en vos sus ojos?

— S. M. me honra, murmuró á media voz la jóven... y no puedo creer...

— Haceis bien, porque pudiera equivocarme. Cuanto os he dicho es solo una creencia. El monarca no me ha confiado sus sentimientos.

Estas últimas palabras destruyeron en parte el castillo de hermosas ilusiones que la jóven se habia forjado; y comprendió que si Carlos la pedia su corazon, se lo daria.

Turbada su imaginacion con todo lo que acababa de escuchar, no pudo añadir á lo que habia dicho mas sino que esperaria con ansia el momento de arrojarse á los piés del monarca para implorar su proteccion.

Chievres la abandonó, y María, mecida por sus dulces ilusiones, apesarada por sus dudas, hubiera querido que el tiempo hubiese volado, porque la parecian siglos las horas de esperanza.

CAPITULO XIV.

AMOR.

No sabemos quién ha dicho hablando del amor que es el nivelador universal; pero esto es uno de los efectos que produce, sus causas incomprensibles no pueden definirse.

Es cierto sin embargo que iguala á los seres de diversas jerarquías, y que los mas elevados, los mas favorecidos por la suerte, por la gloria, no pueden libertarse de sentir del mismo modo que los mas desgraciados los síntomas de esa pasion generadora, de esa pasion que es la luz del alma, que mata y da la vida, de esa pasion que pudiera llamarse la voluntad de Dios.

Carlos, al mismo tiempo que se despertaba del letargo de su niñez para aspirar á la gloria, se despertaba para la vida y aspiraba á sus goces.

Una mujer era para él un enigma, pero un enigma que deseaba descifrar con ansia y con curiosidad.

Excitado por las promesas de una felicidad sin límites que Chievres le habia hecho al impulsarle á satisfacer su naciente pasion, deseaba tanto ó

mas que María su entrevista, y como en ella dominaba en su alma un sentimiento de pureza.

El primer amor, por mas que dure poco para los soberanos, por mas que no puedan disfrutar de todos sus encantos, porque su voluntad poderosa vence los obstáculos que embellecen esos momentos de duda y de esperanza que preceden á la emocion amorosa; el primer amor, repetimos, es puro, y en su pureza encierra la inefable ventura que derrama en nuestra alma.

Carlos no experimentaba la dicha en sus sentidos, era en su corazon, cuyos latidos, mas fuertes que nunca, avivados por un fuego lento que ardia en sus venas, le habian trasportado á una vida nueva y gustosa para él.

Esperó en su régia cámara á que llegasen María y su mayordomo, y al acercarse el momento de la

cita, temblaba como se tiembla antes de empeñarse en una lucha, antes de salir á un combate, y era que tambien él iba á combatir, y empezaba á notar que le faltaban fuerzas para lidiar. . . . . .

María, pudorosa como una vírgen, entró en la habitacion del rey acompañada de Guillermo.

El camarero mayor de S. M. la recomendó al monarca y salió á la antecámara para esperar á que la jóven, terminada la audiencia, volviese á reclamar sus servicios.

Mas fácil es de comprender que de explicar la turbacion de Carlos y de María.

Ella se veia por la primera vez de su vida en la presencia de un rey, y de un rey que, si no la amaba, podia amarla.

Él recordaba la aparicion que alteró su tran-

quilidad durante la tempestad, las palabras que Chievres le habia dicho demostrándole que todo habia sido un sueño, y no sabia qué hacer, si hablar á María como á un ser á quien ya conocia, ó si esperar á oirla, porque en aquel momento él no era mas que un rey para ella, y ella para él tan solo una vasalla.

— Señor, se atrevió á decir María, tanto es lo que agradece mi alma los favores que me dispensa S. M., que apenas puedo expresar la emocion que experimento. Pero vos, señor, me perdonaréis y continuaréis protegiéndome para que yo puedo hallar á mi perdida hermana.

— Sí, María, sí, respondió Carlos; la buscaremos, ó mejor dicho, yo os llevaré á sus brazos, pero en cambio ¿no me otorgaréis vuestro afecto?

— Señor...

— No me mireis como á vuestro monarca. Desde que os ví en la casa del señor de Hevia, vuestro rostro, las desgracias de vuestra vida despertaron en mí una gran afeccion hácia vos, y... no me sé explicar lo que desearia, pero creo que me haria muy feliz teneros siempre á mi lado. Decidme que no me abandonaríais tampoco, que querríais ser mi hermana, mi...

María se encendió, y su corazon latia de tal manera que parecia próximo á saltarse de su pecho.

— Señor... soy una pobre huérfana... se atrevió á decir sin levantar los ojos del suelo.

— Sois un ángel, sois la felicidad. — Oid, María, añadió Carlos animándose por momentos, hay en vuestros ojos algo que parece ser de mi alma, porque mi alma lo necesita. Decidme que estaréis junto á mí en todos los momentos que yo puedo

robar á los asuntos para consagrarlos á mi felicidad íntima, decidme que me consolaréis, que os interesaréis en cuanto á mí me pase, y yo os prometo arrancaros de la orfandad, de la pobreza, devolveros vuestra hermana, la dicha que habeis perdido viviendo sola y retirada.

María no contestó; pero fascinada, si Carlos la hubiera pedido su vida en aquel instante, se la hubiera sacrificado gustosísima.

— Decidme al menos que os podré ver, que viviréis para mí, que aceptaréis la casa y la servidumbre que he mandado disponer para vos, decidme que me admitiréis á vuestro lado, que podré hallar en vos el consuelo que mi alma necesita.

María nada le dijo con sus labios, pero con una mirada le reveló sus sentimientos.

El rey llamó á Chievres y le encargó que con-

dujese á María á la morada que para ella habia ordenado preparar no lejos de la Corredera de San Pablo y en frente de la casa donde habitaba.

— Hasta mañana, dijo el rey á María despidiéndose de ella.

— Hasta mañana, señor, contestó la jóven saliendo de la régia estancia, acompañada por Guillermo.

El camarero mayor de Carlos I, aprovechándose de la turbacion de la jóven, y conociendo que habia fascinado por completo al rey, trató de apoderarse de la voluntad de María, y acabando de trastornar su razon, ya enloquecida con las ilusiones que las palabras del soberano habian despertado en su mente, logró lo que se proponia, y María le confesó todo su pasado, la revelacion de su madre, la gratitud y el amor que sentia hácia él; se echó confiada en los brazos del favorito á

quien debia toda su felicidad, y dueño de ella Chievres, que no dejaba pasar las ocasiones, comprendiendo cuánta influencia podria tener la amante del monarca y la hija de un personaje, porque Zumel lo era entonces, y Guillermo no dudó que fuese el padre de María el que entonces manifestaba mayor oposicion á que Castilla jurase á Carlos I por rey de España.

Ató todos los hilos dispersos y aguardó el momento de utilizarlos.

Entretanto llevó á María á la morada que la munificencia de su rey la habia destinado, y la jóven, sin comprender el lazo que la tendian, admiró las preciosidades que encerraban sus habitaciones, y pensaba que aquella casa seria un templo consagrado al amor mas puro de la tierra, porque su imaginacion estaba muy lejos de ser dominada por sus sentidos.

Hasta llegó á olvidarse de su hermana, de su pasado y de su porvenir, y era porque el presente la bastaba para considerarse la mas dichosa de las mujeres.

Sin saber cómo, llegó á adorar al rey, pero mezclando con su amor una veneracion, una admiracion sin límites.

Carlos fué á visitarla en la noche siguiente á la de su primera entrevista, y desde entonces no cesó de ir á verla. Su amor se aumentaba, y aunque excitado por los consejos de Chievres, al estar apartado de María la amaba con sus sentidos, al sentir su mano entre las suyas, al oir sus palabras inocentes, al recibir sus puros besos, se sentia dominado por su alma, y el espíritu salia siempre triunfante de la materia.

En vano las contrariedades políticas asestaban golpes de muerte al orgullo de Carlos.

El hombre dominaba al rey, y el hombre amaba y era amado.

Debemos advertir que el sentimiento que experimentó el señor de Hevia al saber la fuga de María fué inmenso, y que temiendo de la rapacidad de los Flamencos alguna terrible intriga, envió gente á Valladolid, al menos para que velasen por la suerte, no de su ingrata porque no la creia ingrata, sino de su desgraciada protegida.

Veamos ahora cómo se hallaban los ánimos en Valladolid, y cuál era el partido que Chievres se proponia sacar de las confidencias que habia merecido á María.

CAPITULO XV.

INTRIGA Y HONRADEZ.

Cuando llegó Carlos I á Valladolid, los nobles, en su mayor parte, queriendo obrar á su antojo y dominar al jóven rey se pusieron en pugna con los Flamencos que le servian, y particularmente con

el señor de Chievres, de quien las malas lenguas murmuraban bastante, acusándole de vender los oficios y de proteger á los suyos con perjuicio de los Españoles.

Muchos grandes señores, por el contrario, apoyaban á los Flamencos y se mostraban sumamente afectos al camarero mayor del rey.

Los primeros, abatidos al ver llegar á Castilla á Carlos, porque habian proyectado elevar al trono á su hermano, y su plan estaba destruido con la llegada del jóven rey; los segundos, haciendo alarde de su influencia, tenian trastornados los ánimos de las poblaciones españolas: y en medio de entrambos se levantaba una plebe vigorosa, ofendida por los desprecios que se habian hecho al cardenal Ximenez de Cisneros, á quien veneraba, y muy capaz de manifestar su desagrado de un modo que podia alarmar á los fieles servidores del monarca

y á los que fingiendo serlo querian medrar á su sombra.

Estos eran los elementos que Carlos debia dominar, sus parciales, los enemigos de sus parciales y la plebe.

Pero en vez de acallar los clamores de esta última, la exacerbó dando el arzobispado de Toledo, vacante por la muerte de Cisneros, á un sobrino de Chievres, todavía muy jóven para aspirar á tanta honra, al dean de Lovaina, que habia compartido con el primado de España los cuidados del gobierno de la nacion.

Este nombramiento, el odio que inspiraban los Flamencos, el espíritu de libertad que la política de los Reyes Católicos habia hecho cundir entre todas las clases, el deseo de poner cortapisa á los caprichos de un soberano dominado por sus mas

cercanos servidores que abrigaban algunos hombres ilustrados revestidos con la procura de las provincias y con derecho para exponer sus sentimientos, todo esto contribuyó á suscitar una serie de obstáculos al reinado de Carlos I, que solo la energía de carácter del jóven monarca, el espíritu monárquico español, y la astucia de sus ministros podian vencer consolidando la posesion del trono ibero en la casa de Austria.

El rey llamó á las Cortes, y despues de recibir á muchos embajadores de todos los reyes cristianos, y por ellos las felicitaciones de los soberanos de Europa, encontró grandes dificultades para que le reconocieran como rey los procuradores de Castilla, los que se fundaban en que viviendo todavía la reina Dª. Juana, no podian reconocer en su hijo la Majestad de que todavía se hallaba revestida la madre, y mucho menos si antes no juraba Carlos respetar

y cumplir los acuerdos de las Cortes de Burgos reunidas por el rey D. Fernando en 1511.

Además se trató de impedir que asistieran á la corte los extranjeros; y estas cuestiones, unas de forma, otras de fondo y de la mas vital importancia, tenian en suspenso al rey y á sus consejeros, y amenazaban sembrar de dificultades, de invencibles obstáculos que debia recorrer Carlos para echar los fundamentos de su reinado en la nacion que por herencia habia adquirido.

Entre todos los procuradores, el mas activo, el mas enérgico, el mas resuelto á no tolerar la granjería de los servidores del rey, era el de Burgos llamado el Dr. Zumel.

Su oposicion tenaz excitó la cólera de los Flamencos y de otros muchos señores de Castilla, que adulaban al rey hasta el punto de verse amenazado

por unos y por otros; pero Zumel, impertérrito en sus principios, nada bastaba á destruir su oposicion, á enmudecer su elocuente lengua, que tan bien acusaba y contra la cual no habia réplicas que hacer.

Las diversas gestiones que se hicieron para comprar su silencio, para ganar su afecto, para atemorizarle, fueron inútiles. Su obstinacion podia ocasionar un cataclismo.

— ¿Qué hacer con ese hombre tenaz? preguntaba el Consejo á cada instante.

— Yo le venceré, dijo Chievres.

— ¡Vos! repusieron todos, asombrados de la audacia del camarero mayor del rey.

— Yo, sí: poseo un talisman precioso que me hará dueño de su voluntad.

— Os chanceais.

— No á fe... Dadme de plazo una semana, trabajad cerca de los demás procuradores, y el rey hasta ahora por el testamento de D. Fernando, lo será tambien por el voto de sus vasallos.

Empeñada su palabra, buscó Chievres al Dr. Zumel : no estaba seguro de que él fuera el autor de los dias de las dos hermanas, pero ¿y si una feliz casualidad le proporcionaba la dicha de pedir á un padre, en cambio de sus hijos, un silencio, un apólogo que con nada del mundo se habia podido comprar?

Se decidió á hablarle, y hombre de piedra se conmovió. A sus ojos asomaron lágrimas á la vez de amor y de arrepentimiento.

— Sed leal conmigo, le dijo Chievres : esas jóvenes huérfanas son vuestras hijas, ¿no es verdad?

— Sí, respondió Zumel, son mis hijas, y vos que sabeis el paradero de ellas, me guiaréis para que pueda estrecharlas entre mis brazos.

Esto es lo que deseaba el hábil cortesano.

— Bien está, le dijo de pronto, yo os prometo esa entrevista que deseais; pero os exijo en pago vuestra adhesion al monarca D. Carlos.

— ¿Seréis capaz de venderme tan cara una felicidad tan justa como la que os pido?

— No es cara, Zumel. Ved que los hijos son pedazos de nuestras entrañas, y que la dicha que al llevaros á su presencia voy á proporcionar á vuestro corazon, merece bien el sacrificio que os pido en cambio.

Nunca, nunca retrocederé. La senda por que sigo es la de la honradez : el bien de la patria me

excita á continuar por ella, y si soy tan mezquino, tan miserable, que confundís al padre con el procurador, que negais al alma lo que os suplica, yo sabré arrancaros vuestro secreto y probar de este modo que si os tengo por enemigos á vos y á todos los vuestros, no me falta razon, porque hasta del sentimiento paternal quereis hacer un vil comercio, una infame granjería.

Chievres estaba harto acostumbrado á verse tratado de una manera tan despreciable como la que empleaba Zumel para hablarle, y no mostró ofenderse, por mas que la cólera hubiese aguijoneado su corazon. Pero ante todo era un hombre de Estado, y Zumel tenia una influencia poderosa en Castilla.

Pagó con una sonrisa los insultos del procurador de Burgos y despidiéndose de él :

— Pensadlo bien, señor doctor, le dijo, porque tengo en mis manos la vida de vuestras hijas y vuestro honor; y al fin y al cabo si os obstinais en que midamos nuestras armas, las mediremos y me mataréis, pero vuestras hijas perecerán conmigo y vuestra honra quedará manchada. Una semana os doy de tiempo para decidir.

— Ni un dia... ni un minuto, contestó el doctor.

— Pensadlo... pensadlo bien, repitió Guillermo separándose de Zumel.

El procurador de Burgos quedó sumido en la mas profunda tristeza. Era padre y era representante de una capital que habia depositado en su honradez toda su confianza.

Su decision no debia hacerse esperar mucho.

CAPITULO XVI.

UNA LUCHA TERRIBLE.

El Dr. Zumel habia sido con efecto el amante de la podre Beatriz.

Aunque habian pasado bastantes años desde su separacion, nunca la habia olvidado ni á sus hijas.

Como Beatriz supo, la noticia de su muerte, divulgada por él para poder obedecer á su padre anciano, ya que le pedia que se uniese á una noble dama de Burgos, sin que la desgraciada madre de sus hijas estorbase aquel acto de obediencia, de amor filial; la noticia de su muerte habia sido falsa.

Zumel vivió en Burgos con su esposa, siempre triste, siempre apenado, y mucho mas, cuando veia que el Cielo no bendecia su amor otorgándole frutos, y entretanto dos hijas que podian endulzar sus horas de tristeza permanecian solas, quizás abandonadas, sin sus cuidados, sin su cariño.

El año 1516 perdió á su esposa, y desde entonces, al mismo tiempo que desempeñaba los graves asuntos confiados á su cargo, buscó con el mayor afan á sus hijas, sin poder encontrarlas, sin hallar rastro de ellas.

El remordimiento le atormentaba; y á costa de una rectitud inmensa, de una probidad invulnerable, quiso alcanzar el perdon de su primera falta.

Por eso luchaba, y luchaba como un héroe, contra las ambiciones y los hombres que amenazaban saquear á Castilla, entrando en calidad de amigos para ser señores.

Pero cuando Chievres, queriendo subyugar su corazon de hierro, le habló de aquel secreto que la casualidad habia puesto en sus manos, cuando le dijo:

« Yo sé dónde están tus hijas y puedo llevarte á su lado; » entonces... ¡ah! entonces empezó á sostener su amor de padre tanto tiempo comprimido una lucha terrible, sin tregua con el deber.

Un abrazo de sus hijas era el precio de su traicion...

— No... no... nunca, se decia á sí mismo, nunca seré desleal á los que han depositado en mí toda su confianza, la salvacion de la patria, su honor, su gloria... Pero ¿y mis hijas?... yo sabré hallarlas, si es preciso arrancaré á ese hombre su secreto con un puñal al pecho...

Su ansiedad, su terror al pensar que podia ser infiel, su dolor al imaginar que sus hijas vivian y él no sentia los latidos de su corazon; en una palabra, las ideas que llenaban su mente, no le dejaban un instante de sosiego. ¡Bien pagaba el pobre sus extravíos del pasado con los tormentos del presente!

Buscó á Guillermo, por todos los medios imaginables procuró arrancarle el misterio que ocultaba á sus hijas. Ruegos, amenazas, astucias, todo fué inútil.

— Sed complaciente, le decia el camarero mayor

del rey, emplead vuestra influencia en favor de vuestro soberano, no os pongais en pugna con el Consejo y con los grandes de Castilla... contribuid á que cuanto antes juren las Cortes al monarca, y vuestras hijas se hallarán en nuestros brazos.

— No lo conseguiréis de mí : el padre sabrá sacrificar sus sentimientos al honor de su patria.

— Bien está, añadió Chievres la última vez que habló con Zumel : puesto que os obstinais, nunca sabréis el paradero de vuestras hijas, que están muy cerca de vos, que acaso veis todos los dias...

Estas palabras acabaron de sumir á Zumel en el mas profundo dolor, pero no abatieron la energía que el honor le inspiraba.

No debia tardar en hallar á sus hijas, pero ya era tarde, como verán nuestros lectores.

Volvamos á ocuparnos del rey y de su amada.

CAPITULO XVII.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

El rey, ebrio de alegría por haber encontrado en su jóven amante tesoros de felicidad cuya existencia ni tan siquiera sospechaba, no podia vivir sin ella; y aunque la oposicion que habia encontrado

en las Cortes le inquietaba bastante, al lado de la jóven se olvidaba de todos los disgustos y no pensaba mas que en los besos de María, que sostenian el fuego voraz que ardia en su alma.

Carlos tambien luchaba; habia preguntado muchas veces á la jóven si era ella la aparicion que en alta mar y al ruido de los truenos espantosos y del silbido del huracan le habia descubierto los misterios de su porvenir, y al escuchar respuestas negativas y al recordar las palabras con que Chievres habia destruido en su mente de diez y siete años los sueños, los delirios que el recuerdo de la vision habia forjado, no sabia cómo explicarse el misterioso sentimiento que le impulsaba á amar á María, ni la ilusion que le hacia ver en la jóven el rostro y oir en su voz la de la aparicion que á un mismo tiempo sembró en su corazon las semillas del amor y de la gloria.

Sin embargo nada mas fácil de explicar que la situacion en que se hallaba el jóven monarca.

Tenia un alma ávida de emociones : empezaban á fijarse en su imaginacion las ideas del guerrero, del dominador, del héroe, y necesitaba pasiones fuertes que se adaptasen al temple de su alma.

Pero Carlos era uno de esos hombres volubles, al menos en la forma de sus ideas.

Se hastiaba fácilmente de todo, excepto de perseguir la gloria : los honores, los triunfos eran el aire que necesitaba para respirar, eran toda su vida; ó mejor dicho, fueron despues, porque en los momentos en que gustaba las delicias del purísimo amor de María, todavía estos dos horizontes no estaban completamente delineados.

Pero aunque le satisfacian las caricias del ángel, le excitaba de tal manera su confidente y favorito,

que estaba decidido á cambiarlas por las de la mujer apasionada.

María llegó á adorarle con delirio, y olvidada de todo hubiera sido su esclava si ya no lo era.

El 24 de diciembre, quiso cenar el jóven rey con ella, y mandó preparar en las habitaciones de María un espléndido banquete.

Guillermo acompañó á los dos amantes y procuró embriagarlos. ¿Para qué describiros los episodios de la cena?

Chievres salió de la morada de la jóven, y Carlos quedó en sus brazos dos veces ebrio.

Al dia siguiente de madrugada pasó el rey desde la casa de María á la de Pimentel, donde habitaba.

En su rostro habia una nube de tristeza.

María, al despedirse de su amante, sintió que el llanto corria por sus mejillas, y avergonzada de sí misma ocultó su rostro entre sus manos.

De su frente habia desaparecido la inocencia, y el rubor la inclinaba hácia el suelo.

¡Pobre María! con su pureza habia perdido su felicidad, porque debilitándose la pasion de Carlos satisfecha ya, al amante sucederia el hombre y al hombre el rey!

El olvido y la muerte eran su porvenir.

María pasó muchas horas llorando, y recordó á su madre y á su hermana.

Así pasó el primer dia de Pascua.

Al dia siguiente se celebraron grandes fiestas en Valladolid.

Hubo justas y torneos con nuevas invenciones, y se representaron pasos de los libros de caballerías.

En algunos de estos negocijos tomó parte el monarca.

En la plaza mayor tuvo lugar una justa en la que entraron en liza sesenta caballeros con sus caballos cubiertos con arneses de guerra, y ellos armados de lanzas con puntas de diamantes.

Se dividieron por mitad, colocándose unos enfrente de otros, y al escuchar los sonidos de las chirimías y de las trompetas, arrancaron con tanta furia, que todos ó casi todos estuvieron á pique de sucumbir.

Murieron doce caballos, y pasado el peligro y concluida la fiesta todos volvieron á sus moradas, porque ya era entrada la noche.

Carlos dejó por la primera vez de ir á ver á María.

Ella le esperó primero con ansia, luego con temor, despues con una angustia indescribible.

Aquella noche estalló una tormenta sobre Valladolid, y al dia siguiente las tintas cobrizas que presentaba el cielo, el aspecto de la poblacion, todo infundia tristeza y amenazaba una catástrofe.

Bien pronto cundió entre todos los habitantes la noticia de que la peste se habia desarrollado en la ciudad.

El terrible azote cambió en una sola noche las ideas, los sentimientos, las esperanzas de multitud de seres.

Un terror pánico se apoderó de todos, y fué pre-

cisa toda la energía del jóven rey para que la corte permaneciese en Valladolid.

¡Pobre María!... Todo conspiraba contra ella, y era tan desgraciada, que solo la muerte podia devolverla la felicidad que habia perdido.

CAPITULO XVIII.

EL LAZARETO.

Si en nuestros dias el desarrollo de una epidemia y el cuadro que presentan las ciudades invadidas son horrorosos, ¿qué seria á principios del siglo XVI, en el que se carecia de los infinitos recursos que el

progreso de las ciencias y las artes ha ofrecido en los tiempos modernos á la humanidad?

Unos á otros se comunicaron la noticia.

Unos mercaderes de Oviedo habian llegado á Valladolid sin detenerse en el lazareto. La peste los habia seguido, y en la posada donde pararon murieron cuatro personas de repente, y los rostros desencajados de las víctimas y las señales azuladas de sus cuerpos indicaron claramente que la epidemia habia penetrado en la ciudad.

Inmediatamente se alarmaron todos los arrieros y huéspedes que habia en la posada; quisieron descuartizar á los mercaderes que habian conducido desde Oviedo la epidemia, los buscaron dispuestos por lo menos á derengarlos á palos, subieron á la habitacion que ocupaban, y al entrar retrocedieron espantados: todos eran cadáveres, y

sus cuerpos en un desórden horroroso estorbaban el paso.

— La posada está infestada, huyamos de ella, gritaron todos, y un instante despues la casa quedaba sola; amo, criados y huéspedes, todos la abandonaron, y corriendo desaforadamente por las calles:

— ¡La peste! la peste! gritaban.

Este fatídico anuncio despertó á los habitantes de Valladolid el tercer dia de Pascua.

La noticia cundió con una rapidez pasmosa, y como siempre sucede, el miedo aumentó en el primer momento el número de las víctimas.

Todo fué confusion y trastorno; los frailes cruzaban las calles en todas direcciones, acudiendo á prestar los últimos auxilios á los que se morian;

los curanderos tambien iban á toda prisa de un lado á otro, y los semblantes entristecidos, angustiados, el clamoreo lúgubre de las campanas, los llantos y los gritos de los que se despedian para siempre de sus padres, de sus hijos, de los mas caros de su corazon; todo daba un aspecto terrible, espantoso á la capital.

En las cercanías de la puerta del Puente se estableció un lazareto, y allí acudian los que al ser atacados por la epidemia querian recibir los escasos auxilios que la ciencia podia prestarles.

Muchos eran llevados por los legos.

Veamos lo que ocurrió á los personajes de nuestra historia en esta lamentable catástrofe.

Una pobre mujer que habia llegado á Valladolid llevando en sus brazos á una niña de pocos meses, y que no contando con recursos para vivir implo-

raba la caridad, fué atacada de la epidemia y conducida al lazareto.

Las medicinas que la propinaron calmaron la intensidad de su mal; y no queriendo separarse la enferma de su hija, la tuvo á su lado en el lecho que la caridad le ofreció en el improvisado lazareto.

Una enfermera recogió media cadena que llevaba al cuello la enferma.

— Conservadla, la dijo, quizás con ella podré encontrar á mi familia, si la Providencia me libra de la muerte.

La enfermera se lo prometió, y se separó de ella para ir á recibir á una nueva invadida que llegaba conducida por cuatro legos franciscanos.

— ¡Pobre jóven! dijo la buena mujer al verla, ¡qué hermosa es! Dios la conserve la vida.

La enferma fué depositada en un lecho contiguo al de la jóven de la cadena.

El médico atacó el mal con bastante presteza, y la recien llegada pudo entrar en un período de reaccion, que si no daba esperanzas de salvarla la vida, prometia al menos su prolongacion.

Los seres desalmados que no descubren en todos los sucesos de la vida la mano de la Providencia, no podrán comprender que dos hermanas separadas por numerosas vicisitudes volvieran á encontrarse cerca la una de la otra y ambas en su lecho de muerte; y sin embargo, Ana y María sin conocerse, sin esperarlo estaban en el lazareto, heridas por el mismo mal, y acaso se hubieran separado para siempre sin decirse adios, sin hallar un consuelo en esta triste despedida, si la Providencia no hubiera querido proporcionarlas esta dicha, cuando creian haber perdido todas las de la tierra y úni-

camente aspiraban con fervorosa conmocion á las del Cielo.

María llevaba al cuello la media cadena, igual á la que la enfermera habia recogido en el cuello de Ana; y al ver la semejanza de una y otra, recordando las palabras de Ana, creyó en la Providencia, y se apresuró á averiguar qué habia de comun entre aquellas dos jóvenes.

En la situacion en que entrambas se hallaban era muy peligroso decirlas:

Sois hermanas, y el Cielo ha querido que bendigais juntas á vuestra madre antes de recogeros en su seno.

El confesor que auxiliaba á los moribundos supo el descubrimiento que la enfermera habia podido hacer, y condolido de la situacion de las dos her-

manas, procuró prepararlas á recibir la emocion que causaria en ellas su reconocimiento.

La religion lo puede todo, y al empezar la noche, cuando la mayor parte de los enfermos reposaban unos, confesaban otros, recibian la extremauncion los mas, Ana supo que su hermana María se hallaba á su lado, y María que podria cumplir la mision que la habia confiado su madre.

¿Cómo habia llegado Ana hasta aquel sitio? ¿Qué impulso misterioso habia reunido á las dos jóvenes en aquella morada de la muerte?

Ana llegó hasta Gante mendigando, pero al entrar en la ciudad corrian rumores de que Castilla habia proclamado por su rey al infante D. Fernando, y la pobre madre, alucinada con estos rumores, deseando volver á España y esperando en que si era cierto lo que se decia hallaria proteccion en el

padre de su hija, ó de lo contrario el nuevo monarca Carlos I, tan caritativo para ella, se apiadaria de su desgracia, se resolvió á desandar lo andado y llegó á la costa de Asturias un mes antes de caer enferma y de ser conducida al lazareto.

Los gitanos que la robaron del lado de su madre, la hicieron sufrir mucho, y teniendo que abandonar las comarcas de España, la dejaron confiada á una pobre mujer, que al verla tan hermosa y tan dócil como era, la tomó mucho cariño.

Un dia la reveló su historia.

— Esa media cadena debes llevarla siempre al cuello, la dijo, porque con ella encontrarás á tu familia.

Desde entonces su familia fué el bello ideal de Ana, pero la vieja que la servia de madre era tambien gitana, pobre; y como la jóven era hermosa,

comprendió que podia sacar partido de su hermosura, y de este modo la pobre niña, robada al amor de su madre, fué vendida al capricho de los nobles señores de Madrid.

El amor del infante purificó su alma, y avergonzada de su pasado, renunció al lujo, á las comodidades de su vida pasada, para ganar con una existencia de penalidades y de miseria el perdon de sus extravíos.

—Si yo encontrase una familia honrada en la mia, se decia, una familia que me perdonase y me acogiese, no aspiraria á otro bien que al de consagrarme á mi hija, que representa para mí el arrepentimiento, el amor.

Recordando que Carlos habia sido caritativo para ella, proyectó implorar de nuevo su compasion y se dirigió á Valladolid.

Llegó á esta ciudad el primer dia de Pascua, y al siguiente cayó enferma.

El resto ya lo saben nuestros lectores.

María por su parte recibió un mensaje del rey.

« No me esperes, le decia el monarca; los negocios me abruman, y los sucesos y la peste que se ha desarrollado en Valladolid, me privarán de verte en algun tiempo. Parte en salvo, y por si acaso no nos volvemos á ver, adios, María. »

Estas palabras, trazadas por la mano de Carlos, fueron otras tantas heridas para el corazon de María.

En su desesperacion pidió á Dios que la arrebatase la vida; y Dios la oyó, ó por lo menos así lo creyó la jóven al verse atacada de la epidemia.

Sin embargo, aun debia renacer la esperanza en su alma.

Cuando supo que su hermana estaba á su lado, cuando Ana supo á su vez que María se hallaba en la misma habitacion, una y otra quisieron correr á abrazarse, pero la enfermera y el confesor se lo estorbaron, temerosos de que se empeorase su estado de salud, y las dos jóvenes, llorando de alegría tuvieron que contentarse con enviarse infinitos besos y las protestas mas sínceras de su cariño.

La enfermera, apiadada, juntó cuanto le fué posible las camas de las dos; y nuestra pluma no podria reproducir con toda su tristeza la conversacion de ambas hermanas, que despues de haber vivido separadas desde la niñez, despues de haber sufrido mucho, se hallaban al borde de la tumba.

María cumplió su mision, y Ana la escuchó con lágrimas que revelaban el intenso dolor que sufria.

Pero todavía faltaban en aquel interesante cuadro otras figuras que debian completarle y que no se hicieron esperar.

Como hemos dicho, la noche habia alejado las débiles luces que penetraban al anochecer por las ventanas de la habitacion, y el aspecto que esta presentaba era de lo mas lúgubre que pueden imaginarse nuestros lectores.

— ¿Dónde están, dónde están?... dijo una voz temblorosa, y á poco entró en el cuarto un hombre ya de edad en el mayor estado de agitacion.

La enfermera salió á su encuentro y le detuvo, dirigiéndose con él á una habitacion contigua.

— ¿A quién buscais, señor?

— Busco á mis hijas... para llevármelas... No

retardeis un solo instante mas la alegría que mi alma espera al abrazarlas.

La enfermera, que estaba en posesion del secreto de las dos jóvenes, preguntó su nombre al desconocido.

Al saberlo, admirada de aquel doble encuentro providencial é interesada por las dos enfermas :

— Aguardad un momento, le dijo. Vuestra vista podria causarlas daño... aun no están fuera de peligro, y la alegría mata como el dolor.

— Teneis razon, buena mujer, repuso Zumel, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores, id y anunciadlas como mejor podais que necesito verlas.

Cuando la enfermera fué á cumplir este encargo halló á Ana sobresaltada.

— ¿Qué teneis? la preguntó.

— Hace un instante que mi hermana ha dejado de hablarme... ¿Se ha dormido?

La enfermera aplicó su oido al pecho de María, y notó que sus latidos eran muy débiles. En seguida cogió una lámpara, la acercó al rostro de la jóven y vió en él las señales de la muerte.

— Duerme, sí... dijo... no la despertemos: el sueño la hará bien.

Ana se tranquilizó, y la enfermera la habló de la llegada de su padre.

Esta nueva conmovió profundamente á la pobre enferma.

— Decidle que venga... sí... corred, corred... no perdais un instante, quiero hallarme en sus brazos.

Zumel, que esperaba con impaciencia, se apresuró á llegar á los piés del lecho, y cayendo de rodillas ante él, confundió sus besos y sus lágrimas con las de su hija.

— Despertad á María... exclamó Ana con voz convulsa, porque la emocion la ahogaba.

— No... no... dejadla descansar, dijo Zumel... yo besaré su frente sin turbar su sueño.

Pero despues lanzó un agudo grito.

— ¿Qué teneis? le preguntó Ana.

— ¿Qué os pasa? le preguntó la enfermera acudiendo en su auxilio.

— ¡Hija mia! exclamó Zumel, he llegado tarde. Su frente está helada como el mármol, su corazon no late, no respira..... ¡Ha muerto!..... ha muerto!

El desgraciado padre cayó desmayado, y la enfermera se apresuró á socorrerle.

Cuando volvió en sí María, habia sido sacada de la habitacion, y Ana en un acceso de fiebre daba muy pocas esperanzas de vida.

Agobiado Zumel por el dolor, se arrodilló á la cabecera de su hija, y allí permaneció muchas horas.

Al amanecer se serenó un instante Ana y le habló.

— Padre, le dijo... voy á morir; soy madre, y mi corazon no me engaña. He amado mucho á un hombre, y le debo una hija : ese hombre es el infante D. Fernando; mi hija está al cuidado de la enfermera, recogedla y enseñadla á bendecirme. Aun quiero suplicaros otro favor. El rey D. Carlos me amparó un dia, cuando mi hija y

yo nos hallábamos en la miseria. Recibi de sus manos un anillo que está en poder de un mercader de Gante, el judío Samuel. Procurad recoger esa prenda, y dádsela á mi hija.

Cuando cesó de hablar permaneció durante un largo rato sumida en un letargo.

Zumel contaba los latidos de su pecho.

. . . .

Cuando los rayos del sol penetraron en el cuarto, el pobre padre cubria con sus lágrimas el cadáver de su desgraciada hija.

María se hallaba en un depósito y pocas horas despues debia ser enterrada.

CAPITULO XIX.

LA JURA.

En los primeros dias del año 1518, reunidas las Cortes en Valladolid, juraron por rey de España á Carlos I todos los procuradores, los prelados y los caballeros del reino.

En medio de la general alegría que causaba este acontecimiento, la figura del jóven rey se destacaba del cuadro.

Estaba triste, y parecia que no tomaba parte en el contento que su triunfo proporcionaba á los demás.

La comitiva pasó al monasterio de San Pablo, donde dijo la misa el cardenal de Tortosa; y acabada, Carlos salió de la cortina, se sentó en un sitial delante del altar, juró guardar fidelidad á su nacion, gobernarla y administrarla con justicia, respetar los derechos establecidos; y á su vez, renovaron su juramento los grandes señores que le acompañaban.

Se cantó un solemne *Te Deum*; y no se celebraron fiestas públicas, porque Valladolid, con el vivo dolor de las sensibles pérdidas que la epide-

mia habia hecho experimentar á sus habitantes, no se hallaba dispuesto á regocijos.

Terminada la ceremonia, se retiró el monarca á su morada, y á la caida de la tarde la abandonó de nuevo, saliendo acompañado por un montero de Espinosa de toda su confianza.

Los dos, embozados en anchas capas, atravesaron varias calles desiertas, y llegaron al convento de Carmelitas, situado en un extremo de la poblacion.

— ¿Estás seguro, preguntó el rey al montero, de que ha sido depositado su cadáver en esta iglesia?

— Señor, todos me han dicho que fué enterrada en la bóveda de este convento.

— Bien está... adelántate y procura que yo la pueda ver.

El montero obedeció, y Carlos sin desembozarse comenzó á dar algunos paseos por el atrio del convento.

A poco rato vió avanzar hácia él á un hombre tambien embozado.

— ¿Quién va? preguntó el rey. El embozado le reconoció, y desembozándose:

— Señor, exclamó, gracias por haberos dignado visitar la tumba de mi hija.

— ¿Vos aquí, Zumel?... qué venís á hacer? le preguntó Carlos.

El doctor le refirió su historia.

Sus dos hijas habian sido enterradas allí: accediendo á la súplica de Ana, habia depuesto toda su energía, y los procuradores y los nobles habian jurado fidelidad á su monarca Carlos I.

Zumel ignoraba que María habia sacrificado su pureza al amor del rey : la creia una vírgen, y agradecia á su soberano que conservase aquel recuerdo de un puro amor que la muerte habia santificado.

Carlos, avergonzado de su comportamiento con María, respetando el dolor de Zumel se retiró, sin ver, como pensaba, el cadáver de la jóven.

Zumel quedó rezando al pié de la tumba de sus dos hijas.

— ¿Cómo habia llegado á averiguar su paradero? se habrán preguntado nuestros lectores.

El mismo dia en que las encontró, Chievres, que ya sabia por medio de sus espías la situacion en que las dos se hallaban, creyendo al dirigirle junto á ellas que el dolor mitigaria su energía, y que sin él podria realizar sus proyectos, vendiéndole·

su perfidia, por compasion le descubrió el misterio.

Chievres salió triunfante, pero aun debia vivir y la justicia de Dios no le habia olvidado.

CAPITULO XX.

EL PACTO.

Carlos I era ya rey, y desde los primeros dias de su reinado comenzaba á augurarse el brillante porvenir que le reservaba el destino.

Pero la tristeza que notamos en su rostro el dia

de la jura, no le abandonaba. El remordimiento se habia apoderado de su alma, pensaba en María; sentia un amor inmenso hácia ella, y á veces abundantes lágrimas anublaban sus ojos, y sentia oprimirse su corazon.

Una noche, despues de haber pasado muchas horas pensando en su desventurada amante, sus ojos se cerraron y la vió... la vió en sueños.

. . . .

. . . .

La aparicion que despertó su alma al hallarse en el mar sufriendo los azares de la tormenta, volvió á presentarse á sus ojos.

— ¿Me amas aun? le preguntó.

— Sí..... sí..... exclamó Carlos estrechando sus manos con mayor efusion que la primera vez...

te amo... y te pido con lágrimas que me perdones.

— ¡ Perdonarte ! ¿ y porqué ?

— Porque he faltado á mis promesas, porque te he abandonado.

— ¡ Qué niño eres !... ¿ quién has pensado que soy yo ?

— Tú eres María...

— No... yo no soy quien crees, pero antes de decirte mi nombre, que tanto has deseado saber, quiero revelarte un misterio de la existencia. Tu alma necesita pasiones fuertes; al tener entre tus manos una inocente flor, la has deshecho. Me viste una vez, mis palabras y mi rostro te entusiasmaron, quisiste que fuera tuya, y sin embargo al hallar á otra mujer me olvidaste.

— ¿ Eras tú ?

— No... yo te hice creer que al verla me veias. Ella era un ángel, un espíritu del Cielo, y yo... yo soy hija de las pasiones.

— ¡ No eras tú !

— No : he querido probarte ahora que ya conoces las delicias del amor. ¿ Deseas que sea tuya ?

— Sí... lo deseo...

— Entonces júrame sacrificar todas tus afecciones á mis caprichos... Conmigo, el tormento y el triunfo; sin mí, el amor puro como el que has disfrutado con María. — Escoge...

— Quiero ser tuyo; pero no te separes nunca mas de mí.

— ¿ Serás mi esclavo ?

— Te obedeceré ciegamente.

— Pues bien, escucha : Europa abre ancho campo á tu genio. Blande tu espada, lucha y en los momentos de peligro llámame.

— ¿ Pero quién eres ?

— Mi nombre será en adelante tu único ídolo. Me llamo La Victoria.

La vision desapareció, y Carlos despertó sobresaltado.

Se habia dormido niño todavía, y se despertaba hombre y rey.

Desde entonces fué esclavo de su pacto, de *la victoria ;* para hallarla necesitaba luchar. ¿Qué fué su vida ? Una continua lucha coronada de triunfos.

Carlos V no tuvo en su vida mas que una pasion. Él y la Victoria llegaron á confundirse hasta el punto de ser emblema una del otro.

Pero esta pasion le costó muy cara. Al principio fueron sus víctimas las dos hermanas, despues la Europa entera.

EPÍLOGO.

Volveremos á ocuparnos de su reinado. Para terminar nuestra presente historia, solo diremos que Zumel, abandonando los asuntos políticos, se retiró á cuidar á la hija de su hija.

Carlos perdió de vista al vigoroso procurador de Burgos.

El infante D. Fernando heredó parte de los Estados del emperador Maximiliano.

Ana y María rogaban desde el Cielo por la felicidad de los dos hermanos, que tan desventurados habian hecho los últimos instantes de su vida.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

Besanzon. — Imprenta de Roblot.